

Selección



RALPH BARBY

UN PAJARO LLAMADO LEONARD


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

RALPH BARBY

UN PAJARO LLAMADO LEONARD

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 326
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 9.705 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Los dos sanitarios introdujeron la camilla en la ambulancia. Aquella acción de cargar la camilla con su contenido dentro del vehículo era una labor habitual para aquellos hombres empleados del Investigaron Medical Center. Todo el trabajo se hacía en silencio.

El edificio de la clínica era de líneas sobrias y modernas, un edificio silencioso al que no acudían personas a visitar a los allí internados.

Las puertas se abrían y cerraban en medio de una frialdad que se transmitía por el aire y las paredes, era una sensación extraña pese a que la calefacción funcionaba bien.

Se produjeron los ruidos del deslizamiento de la camilla y luego entró un camillero en la ambulancia. Se cerraron las portezuelas posteriores y el chófer se puso al volante.

Miró su reloj de pulsera y después observó el cielo. Serían las cuatro P.M. El cielo estaba gris, no se veía el azul por parte alguna, ni siquiera la redondez juguetona del sol.

El chófer suspiró y, al poco, vio aparecer a un hombre joven, alto, de mirada clara y limpia. Vestía una chaqueta sport pese a que hacía frío y de su mano colgaba un portafolios negro.

Abrió la portezuela de la ambulancia que correspondía al acompañante del chófer y cerró de un portazo.

—Adelante.

La orden fue cumplida de inmediato. La llave hizo que las bujías encendieran la mezcla del carburante y el aire. Él acelerador fue pisado y el coche arrancó casi brincando.

El chófer miró por el espejo retrovisor; dos automóviles venían lanzados por la carretera, el uno pugnaba por adelantar al otro.

—Otros que hacen méritos para venir a la clínica —gruñó sarcástico.

Pisó a fondo el acelerador y abandonó el área de la clínica, saltando sobre el asfalto de la carretera; conectó la sirena y ésta comenzó a ulular.

El chófer sabía que el joven doctor que viajaba a su lado no iba a reprocharle que corriera, era inútil. Conducir una ambulancia llevaba a la deformación profesional de pisar el acelerador a fondo aunque no fuera necesario.

El ulular intermitente de la ambulancia producía inquietud a quienes la oían y le cedían el paso, ignorando que ya no había por qué correr.

El vehículo rebasó a los dos automóviles que poco antes habían estado desafiándose en velocidad. Un patrullero les había detenido y parecía sancionarles. Uno de los agentes saludó con la mano a los hombres de la ambulancia que pasaron como una exhalación.

El Investigation Medical Center se hallaba como a veinte millas de la ciudad, lejos de otras edificaciones, en un lugar muy tranquilo en el que pocos

automóviles se detenían.

Casi todos los coches allí aparcados llevaban el distintivo de «médico» para advertir a la policía de quiénes eran sus dueños por si se estacionaban mal en un momento dado.

Cruzaron la ciudad por una autopista urbana y se dirigieron al sur de la población donde se ubicaban un buen número de villas de la burguesía alta americana del este de la Unión, villas que miraban al Atlántico.

Algunas de ellas se hallaban muy próximas a las rocas donde rompían las olas espumeando; en ocasiones casi parecían las babas rabiosas de millares de perros.

—Quita la sirena —ordenó el doctor Roddy Stillman.

El chófer no se hizo repetir la orden, quitó la sirena y aflojó la presión del acelerador.

Había estudiado con anterioridad el lugar adonde debía dirigirse y no tardó en enfrentarse con la verja de una de las villas, una verja que estaba abierta.

Dentro del amplio jardín había varios automóviles, entre ellos un modelo especial para el traslado de ataúdes.

El chófer del vehículo funerario, vestido de gris oscuro, arrojó el cigarrillo que estaba fumando al verles pasar y se volvió para avisar a un compañero. La ambulancia rodó, alejándose de la entrada principal de la casa.

Al poco, apareció un hombre vestido de oscuro y les hizo señas con la mano para que avanzaran. Luego, con un gesto les indicó que se detuvieran frente a una puerta discreta que daba al lado sur del jardín.

—Por aquí, por favor —pidió con voz grave.

—¿Es usted mister William Chandler?

—No, soy su abogado. Pasen, pasen por aquí.

La pregunta la había hecho el joven doctor Stillman quien se volvió para ordenar a los camilleros:

—Sacadla y adentro.

Volvieron a abrirse las portezuelas y la camilla cargada fue sacada del interior del automóvil. Los camilleros, hombres acostumbrados a cargar, se adentraron en la villa siguiendo al abogado de los Chandler.

Un amplio gabinete había sido habilitado como sala mortuoria.

En el centro destacaba un catafalco y el féretro estaba allí, abierto. En torno suyo había los grandes velones apagados y apoyadas contra las paredes, grandes coronas de flores. El excesivo perfume de las flores que materialmente cubrían todos los muros, asfixiaba.

—Instálenla dentro, yo voy a avisar a míster Chandler —dijo el abogado, dirigiéndose a la otra puerta que tenía el gabinete.

—Colocadla bien.

—Descuide, «doc», conocemos nuestro oficio y hay que recoger propinas —dijo uno de los camilleros, guiñando un ojo.

Levantaron la sábana sudario que ocultaba el bulto humano que yacía en la camilla y soltaron dos correas que habían sujetado el cuerpo para que no se

desplazara en ningún momento durante el traslado.

El cuerpo de una mujer quedó al descubierto, vestida con una larga túnica blanca. Era madura, pero más cerca de la juventud que de la vejez. Se podía decir que había sido bella, pero había un rictus desagradable en su rostro.

La boca habría quedado abierta, mostrando los dientes, si no se hubiera tomado la precaución de coser ligeramente los labios por sus lados interiores.

No había paz ni serenidad en el rostro de aquel cadáver. Los cabellos, limpios y sedosos, se deslizaban hacia los hombros y los rebasaban.

—Está congelada —observó uno de los camilleros.

—Naturalmente. Vamos, daos prisa —pidió el joven doctor.

La túnica fue colocada adecuadamente para que no se formaran arrugas. Las manos quedaron bien cruzadas sobre el pecho porque se había tomado esta precaución con mucha anterioridad.

La túnica, de color blanco, era amplia, fruncida, formando múltiples pliegues verticales.

—No inspira paz, ¿verdad? —comentó más que preguntó uno de los camilleros.

—Sucede a menudo con las personas que mueren de forma violenta —contestó «doc» Stillman.

—Díganoslo a nosotros, «doc».

Volvió a abrirse la puerta y aparecieron tres hombres. Uno de ellos era el abogado; el otro, más viejo, tenía el cabello blanco y la piel del rostro rojiza. Sus ojos estaban muy abiertos pese a que se veían cansados.

El tercero de los hombres se veía muy aplomado. Era de estatura media, ancho de hombros, sienes y bigote plateados, un hombre que debía haber vivido y luchado. Sus ojos eran pequeños y muy negros, unos ojos siempre atentos. Al joven Roddy Stillman le pareció que en su boca había una contenida sonrisa de sarcasmo.

—Aquí está el cadáver de su difunta esposa, míster Chandler —dijo el abogado.

—Sí, mi querida y amada Magda. —Suspiró, se fijó mucho en ella y preguntó a quien ya no podía responder—: ¿Por qué nos has abandonado, Magda? A tus hijos y a mí nos hacías falta, mucha falta. Te deseo la paz eterna, la paz que mereces.

—No cabe duda, es mistress Chandler —asintió el hombre de los cabellos blancos, adelantándose.

—Juez —habló míster Chandler—, compruebe que se cumple la voluntad de mi desgraciada... —Semejó hacérsele un nudo en la garganta y no prosiguió. A Roddy Stillman le pareció que aquella congoja era fingida.

El juez se acercó al cadáver y alargó sus dedos a los párpados cerrados. Al tocarlos, observó:

—¡Quema!

Míster Chandler abrió mucho los ojos y cualquiera habría dicho que su cuerpo se tensó tras un estremecimiento involuntario.

—No quema, juez, es que está muy fría debido a que ha salido del congelador para que se conservara bien. Ha sido embalsamada.

—Sí, sí, claro —aceptó el juez que trataba de levantar los párpados.

—Los ojos están en su sitio, juez —puntualizó Stillman.

—Está bien, acepto su palabra. Fue voluntad oral de la finada, no deseaba entregar sus ojos después de la muerte.

—Una política poco caritativa —opinó Roddy Stillman—. Otro ser humano hundido en el mundo de las tinieblas podría ver.

—Sí, sí, mi joven doctor, es cierto, pero hay que respetar las voluntades, por escrito o formuladas verbalmente ante testigos.

—Será mejor que terminemos cuanto antes —apremió míster Chandler.

—Ahora, si tiene la bondad de firmarme los documentos de recepción del cadáver, aceptando su estado —dijo Roddy Stillman, sacando unos impresos rellenados de su portafolios, unas hojas que entregó al abogado.

Este les dio un vistazo por encima y colocó una firma de «visto bueno». Los pasó a William Chandler que, sin leerlas, las firmó todas.

—Cuántos papeles —se quejó con un gruñido.

—Burocracia legal —observó el propio abogado.

El joven doctor Stillman recogió los documentos y tras comprobar que no faltaba firmar ninguno, los guardó en su portafolios.

—Por favor... ¿Me dejan un momento a solas con ella?

Todos asintieron y abandonaron la sala mortuoria donde míster Chandler quedó a solas con el cadáver.

Miró hacia las puertas y tras comprobar que estaban cerradas, cambió radicalmente de expresión. Su rostro adquirió un aspecto cínico, sarcástico y a la vez satisfecho.

—Ya estás muerta, Magda, ya estás en el ataúd y dentro de muy poco, bajo tierra, como pediste que no se te incinerara... Qué pena, me habría gustado poder reducirte a cenizas y arrojarte luego a puñados por el retrete. Habría sido divertido, un puñado y unos litros de agua detrás, otro puñado y más agua... Así, poco a poco, a la mierda, mi querida esposa. Después conservaría tu urna con cenizas de cualquier cosa, cenizas sacadas de la chimenea, por ejemplo. —Se rió—. Tus últimas voluntades se han cumplido pero se te olvidó puntualizar más, mucho más, y ahora estás vacía, Magda, vacía como una momia. Te han extirpado las vísceras, dicen que para trasplantes, ése ha sido el acuerdo. Un gran favor a la Medicina y a los pobres que necesitan órganos para seguir viviendo porque les faltan los suyos o los tenían podridos. Corazón, páncreas, hígado... ¿Qué más te han sacado, mi querida Magda, dímelo, que más? Oh, me olvidaba de que ya no puedes decir nada, hasta la boca te han cosido, qué gran idea. Supongo que algunos de los que reciban tus órganos no tendrán suerte y se producirá el temido rechazo orgánico, pero mientras uno tenga éxito, ya habrás contribuido a que un ser siga viviendo más tiempo del que has vivido tú, Magda. Ahora, dime, ¿de qué te han llenado, de serrín, de algodón, de bolitas de plástico...? Pobre Magda, mi

amada diablesa, mi estimada bruja que tenia la pretensión de ser inmortal. «No, no toques nada de mi cuerpo después de muerta porque yo regresaré, Willy, regresaré...» —dijo el hombre, cambiando la voz como si fuera su propia esposa la que hablara—, Estupideces de burguesa aburrida que se tiene que lanzar al satanismo para divertirse... Hasta pretendiste que me creyera que el mejor de los goces de tu vida te lo había proporcionado el diablo cuando te entregaste a él... Imbécil. Bueno, Magda, dale recuerdos a Leonard y si te encuentra rellena de serrín, de algodón o plástico, que no se irrite demasiado. Aquí, en la Tierra, hay muchos hombres que se satisfacen con muñecas infladas de aire.

William Chandler dio la espalda al cadáver y por entre los labios cosidos de la muerta semejó escapar una especie de silbido; quizá era algún gas contenido en aquel cuerpo que en Investigation Medical Center había sido abierto poco menos que en canal para extirparle los órganos y luego había sido vuelta a coser.

Míster Chandler abrió la puerta de doble hoja de par en par y la intensa vaharada del perfume de las flores se expandió hacia el salón donde aguardaban los deudos y amigos de la familia.

—Podéis pasar —dijo con una voz compungida que en nada se parecía a la que había empleado antes para dirigirse al cadáver.

Mientras los que deseaban rendir un último homenaje a la difunta se internaban en la sala repleta de flores, dando una vuelta al féretro, a los velones que el abogado se había ocupado de encender, míster Chandler se fijó en un niño y una niña, ambos vestidos como para acudir a una importante ceremonia religiosa.

Los dos estaban muy serios, muy graves y muy pálidos. El niño era algo mayor que la niña en edad, pero su altura era similar. Tras ellos, una mujer esbelta, vestida de blanco, se cubría el rostro con un velo que partía de un sombrerito.

Era joven y hermosa y tenía algunos rasgos que recordaban a la difunta. Era la tía Caroline para los niños y simplemente Caroline para míster Chandler, que no pudo evitar acariciar con sus ojos los abultados senos de la mujer.

—Mejor que los niños no pasen —indicó Caroline.

—Yo quiero verla —dijo el niño.

—Yo, no, tengo miedo —musitó la niña, al borde del sollozo y muy pálida, como si hiciera dos días que no probara bocado.

—Ya lo has oído, Caroline, Lenny quiere verla.

—Pero Rose no.

—Es mejor que vea la vida tal cual es.

Caroline dudó. Vio una decisión irreductible en los ojos de su cuñado y no replicó más, empujando a los niños hacia delante.

Lenny avanzó sin vacilar hacia el ataúd que quedaba alto para su cabeza. Rose se resistió un poco y hubo que empujarla más.

Lenny llegó a la altura de la cabeza de la muerta y levantó su mano como para tocarla, mas se contuvo. La niña quedó como clavada junto al ataúd. De pronto, se desplomó, cayendo al suelo inconsciente.

—¡Rose!

Se produjeron algunos murmullos.

—Era mejor que no hubiera pasado —opinó alguien.

Caroline recogió a la niña, apresurándose a sacarla de la sala donde se exponía el cadáver de la madre. Cuando Caroline llegó al sofá, Roddy Stillman se abrió paso entre los que se acercaban.

—Por favor, no se agolpen, la niña necesita aire. —Caroline le miró interrogante y él se identificó—. Soy médico.

—Sólo es un desmayo.

—Sí, está mareada. Después de esto, no estaría de más que la llevaran a un psicólogo infantil, ha sufrido una profunda impresión.

Stillman cogió a la niña entre sus brazos y antes de que nadie pudiera impedirlo, la sacó al jardín. Hacía frío y la niña abrió los ojos, encontrándose con el rostro del desconocido que no la asustó.

—No quiero verla, no quiero verla —gimió.

—Rose, Rose, mon chérie... —Se acercó una muchacha que le acarició los cabellos y la niña le echó los brazos al cuello.

—¡Vie, Vie!

La joven tenía un agradable acento parisino. Stillman la miró y vio un rostro de piel suave y casi nacarada, una piel muy cuidada.

—¿Es pariente de la pequeña?

—¿Yo?

—Sí.

—No, no, sólo soy una chica au-pair; he venido a practicar inglés y a cuidar de los niños y a enseñarles francés.

—¿De París?

—Sí. ¿Ha estado allí?

—En una ocasión, después de doctorarme y antes de pasar a convertirme en interno de clínica.

—¿Médico?

—Sí.

La llegada de tía Caroline cortó la conversación.

—Uf, veo que está bien... Vamos, Rose, no seas cría.

—¡No quiero ir!

—Tienes que venir, todos hemos de ir al cementerio.

—¡ No quiero, no quiero ir, tengo miedo, tengo miedo!

La pequeña sollozaba abrazándose a la parisina Vie, lo que Caroline no vio con muy buenos ojos. A Roddy Stillman le pareció que había un brillo de rivalidad en los ojos de la hermana de la muerta.

—Quizá sea mejor que no vaya al cementerio —sugirió Stillman.

—Nadie le ha pedido su opinión, doctor —replicó Caroline evidentemente

molesta.

—No tengas miedo, Rose—le dijo su hermano Lenny acercándose al grupo—. Ya le han puesto la tapa y no podrá salir.

La niña estalló en un fuerte sollozo. Caroline, impaciente, ladeó su rostro hacia la puerta por donde acababa de aparecer míster Chandler.

—Déjala, Caroline —ordenó Chandler acercándose. Encarándose con Vie, preguntó—: ¿Puede encargarse de la niña, mademoiselle?

—Sí, claro que sí, míster Chandler —respondió Vie con su acariciante acento.

—Yo no me quedo —advirtió Lenny cogiéndose de la mano de su tía Caroline. Mientras caminaba, preguntó—: ¿Es muy hondo el hoyo donde van a meterla?

—Cállate, niño, por favor.

El féretro fue sacado de la mansión e introducido en un vehículo fúnebre. Mientras el ataúd era sujetado con correas para que no se moviera durante el trayecto, los presentes fueron ocupando los coches para formar la comitiva. Poco después, desaparecieron.

La ambulancia salió de detrás de la casa donde parecía haberse ocultado y el chófer abrió la portezuela junto a Roddy Stillman.

—¿Vamos, «doc»?

—Mademoiselle, procure que la niña se distraiga. No sería mala cosa que se la llevara de paseo.

—Es que no estoy autorizada para hacerlo esta tarde. En esta casa se siguen unas disciplinas muy estrictas y no quisiera que me despidieran, estoy bien aquí como chica au-pair.

—¿Cuánto tiempo más estará?

—Dos o tres meses, aún no lo he decidido. Estoy haciendo un estudio comparativo entre el inglés británico y el inglés de la costa Este americana y estas diferencias no se encuentran en los libros si no en la expresión popular de la gente.

—Bueno, creo que me estoy entrometiendo demasiado, seguro que hará lo mejor para distraer a la niña.

Tras despedirse, se introdujo en la ambulancia que abandonó la villa cuando ya la comitiva fúnebre rodaba por el asfalto camino del cementerio East Park Memorial.

CAPITULO II

—¡Mamá no es una bruja, mamá no es una bruja! —gemía la pequeña Rose, debatiéndose en medio de sus pesadillas.

Bruscamente, la niña despertó y no estaba en la oscuridad de su cuarto, porque a derecha e izquierda de la cama había encendidas velas que llameaban, velas que humeaban impregnando el ambiente de olor a cera quemada.

Su propio lecho, alrededor de su cuerpecillo delgado, estaba lleno de flores, como si yaciera en un catafalco esperando que deudos y amigos fueran a darle el último adiós.

La niña no encajó bien aquella situación y dejó escapar un espeluznante chillido que vibró en toda la casa mientras en un rincón del cuarto se podía oír una risa contenida.

Se abrió la puerta y una mano encendió la luz eléctrica, más mecánicamente que porque hiciera falta.

Lenny trató de escapar, pero las manos de la recién llegada lo agarraron.

—¡Suéltame, suéltame!

—¿Qué has hecho, pequeño monstruo?

Sin vacilar, Lenny propinó dos patadas a Vie que se dolió de ellas, lo que aprovechó el maligno muchacho para escapar por el corredor mientras la niña seguía chillando.

—No pasa nada, Rose, no pasa nada.

Vie cogió a la pequeña entre sus brazos y viendo que en aquella habitación no lograría tranquilizarla, resolvió llevársela de allí.

Cuando se dirigía a su cuarto, se encontró con Caroline que embutida en una bata y con el cabello suelto, se acercaba a ella con semblante más colérico que preocupado.

—¿Qué ha pasado?

—Lenny le ha gastado una broma de mal gusto.

—¿Una broma?

—Sí, mientras Rose dormía, le ha preparado la habitación.

Caroline se acercó al dormitorio y vio las velas. Sopló para apagarlas y después sacudió las flores que cayeron al suelo.

—Se terminó la historia, ya puedes volver a tu cama, Rose.

—¡ No, no!

—Vamos, no seas estúpida, no eres más que una niña mimada.

—Tengo miedo, quiero ir con Vie, quiero ir con Vie.

—¿Qué es lo que sucede, por qué tanto escándalo?

Willy Chandler apareció cubierto con una bata roja. A Vie le dio la impresión de que olía a bebida y entonces se dio cuenta de que había tenido la misma sensación olfativa al quedar frente a Carolina.

—Tu hija está demasiado mimada y no quiere acostarse.

—Míster Chandler, la niña... —dijo Vie.

—Basta. Si tía Caroline dice que ha de acostarse, Rose debe de obedecer. No trate de minar la disciplina de la niña, sentiría tener que cortar sus estudios aquí aun reconociendo lo bien que le va a los niños.

—Papá, tengo miedo —hipó Rose.

Caroline la arrebató de los brazos de Vie.

—¡ Papá, papá!

—No seas tonta, Rose —reprochó Caroline.

—Está bien, Caroline, deja que por esta noche se acueste junto a Vie. Mañana ya hablaremos más seriamente de todo esto.

—Creo, míster Chandler, que Lenny debería recibir una reprimenda por lo que ha hecho.

—¿Y qué es lo que ha hecho el chico?

—Mientras la niña dormía, le ha puesto flores y velas alrededor como si ya estuviera muerta.

—¿Eso ha hecho Lenny? —Chandler se rió—. Condenado chico.. Seguro que cuando vaya a la universidad será el más bromista del grupo como lo fui yo.

Vie captó que ni míster Chandler ni Caroline comprendían ni deseaban comprender los temores de la pequeña Rose a la que se llevó a su habitación.

—No cierres la luz todavía, Vie.

—No te preocupes, *mon chéri*, no te preocupes, y ahora cierra los ojitos.

—No tengo sueño.

—Pues debes dormir.

—Tú crees que Lenny es malo, ¿verdad?

—Tanto como malo... —Suspiró mientras acariciaba los cabellos de la pequeña—. Verás, Rose, muchas personas, cuando escogen a otra como víctima de sus bromas, no se dan verdadera cuenta del daño que le van a causar, digamos que son más inconscientes que malos.

La niña, tras permanecer unos segundos pensativa, inquirió:

—¿Papá es un inconsciente?

—No, claro que no.

—Pues él le decía a mamá que era una bruja y que cualquier día la llevaría a la hoguera.

—No es posible que tu papá dijera esas cosas.

—Yo le oí, Vie.

—¿Con estas orejitas que tienes? —preguntó la francesita tratando de quitarle importancia a la situación.

—Sí, con estas orejitas.

—Debiste sufrir una pesadilla y creíste que era realidad. Esas cosas suceden también a las personas mayores, no creas.

—¿Las hijas de las brujas también son brujas?

—Pero, ¿qué dices?

—Es que mamá era una bruja de verdad. Cuando papá le decía que era una

bruja, ella se reía; lo que la hacía chillar de rabia era cuando él decía que la iba a llevar a la hoguera.

—Por favor, Rose, no sigas diciendo esas cosas tan horribles.

—Si es verdad, papá siempre lo decía...

—Bueno, es que cuando las personas mayores discuten, a veces dicen cosas que los niños no llegan a comprender.

—Pero mamá iba al estudio a hacer de bruja.

—Anda, duérmete y no digas más tonterías. No hay brujas, las brujas no existen.

—Sí que existen. Mamá tenía amigos y amigas que a veces venían y todos se metían en el estudio. Lo hacían cuando papá estaba de viaje.

—Los niños suelen confundir las cosas que hacen los mayores. La culpa la tiene ese televisor pequeñito que te regalaron y que tú enciendes cuando quieres para ver tantas y tantas películas que te llenan la cabeza de fantasías.

—No me crees, Vie, no me crees... ¡Te odio, te odio! —Se encogió sobre sí misma y le volvió la espalda.

—De acuerdo, está visto que tía Caroline tiene razón. Eres una niña mimada que necesita más disciplina. Cualquier día de éstos cogeré mi maleta y me volveré a Francia.

—¡¡No!! —gritó Rose.

—No grites que vendrá tía Caroline y te llevará a tu habitación.

—No, no —hipó—. Vie, Vie...

—¿Qué?

—¿Me llevarás contigo a Francia?

—¿A Francia?

—Sí, a París.

—Mon petite, un día irás a París y allí nos encontraremos, ya lo verás. Tu papá está empeñado en que aprendas francés para que puedas ir a París y seas una mujer que sepa más de un idioma.

—No te irás en seguida, ¿verdad?

—Está bien, no me iré ahora si te pones a dormir, claro.

—Sí, sí, dormiré —cerró los ojos pero no quedó callada—. ¿Verdad que Lenny es malo?

Vie no le respondió. Tomó un libro de su mesita y comenzó a leer hasta que se dio cuenta de que Rose se había dormido.

La niña, segura de la presencia tranquilizadora de su amiga francesa que intercambiaba el saber de las lenguas, se sumergió en un sueño plácido y sin contracciones nerviosas, un sueño que la alejó de los problemas que vivía debido a la muerte de su madre.

Vie intentó sumergirse en la lectura sin conseguirlo, las palabras de la niña la habían preocupado.

Terminó dejando el libro y observó durante unos minutos a la pequeña. Se levantó de la butaca y se acercó a la mesita; allí tenía una linterna pequeña para situaciones de emergencia, una costumbre que había adoptado desde su

época de campamentos estivales en la lejana Francia.

Se ajustó la bata y sin apagar la luz de la alcoba por si Rose despertaba, salió al corredor.

El dormitorio de Vie se hallaba encarado al norte, era de las habitaciones más frías de la gran villa. Como estaba dotada de buena calefacción, no se notaba, pero allí jamás entraba el sol.

Las habitaciones principales estaban cerca de la amplia escalinata que descendía al salón; dos daban al oeste y otras dos al sudoeste. Había una especie de galería interior que dominaba parte del salón y conducía a una puerta que daba acceso al magnífico despacho de míster Chandler, un despacho con amplios ventanales que daba a la fachada principal.

La alcoba conyugal miraba al mar y a las rocas, desde ella podía contemplarse el batir y el espumear de las olas.

Vie conocía la villa superficialmente. Era curiosa pero con mesura y no se había preocupado de fisgonear en aquella casa que la cobijaba durante algún tiempo como chica au-pair, una chica que marcha de su país a otro para perfeccionar su idioma a cambio de enseñar su propia lengua a unos niños.

Se enfrentó con una puerta que no parecía tener ninguna singularidad, pero tras la cual no había una estancia, sino una escalera que conducía al amplísimo desván y al estudio del que le hablara la pequeña Rose, un estudio en el que Vie no había estado jamás.

La puerta no se hallaba cerrada con llave.

Calzada con zapatillas, cruzó el umbral iluminándose con la linterna. Cerró la puerta tras de sí y subió la escalera, bastante empinada, pero suficientemente ancha como para subir por ella los muebles desechados que pasaban al desván, pensando que en cualquier otra ocasión podían volver a ser empleados.

Se encontró con una puerta que no supo si era la del desván, pues había un pequeño corredor y al final del mismo otra puerta. Una de ellas tenía que corresponder al llamado «estudio» y la otra, al desván propiamente dicho.

Con sigilo para no hacer ruido y también con algo de recelo, cogió la manecilla de la puerta que no cedió. Hizo un poco más de fuerza y tampoco cedió.

Le dio la espalda a la puerta que se le había resistido e iluminándose con la linterna, avanzó hacia la siguiente puerta que cerraba el corredor.

La observó con atención y le pareció que la cerradura había sido cambiada. Pensó que si la otra puerta se le había resistido, ésta, con cerradura nueva, iba a ser peor aún.

Más para confirmar lo que pensaba que con la esperanza de conseguir abrirla, movió el pomo, pues en esto también era distinta a la otra puerta y ante su sorpresa, la hoja de madera cedió.

Introdujo el haz de luz sin rebasar el umbral al principio.

La estancia, muy amplia, estaba vacía de muebles. Retirados hacia la puerta había unos candelabros de pie alto y al fondo, un ventanal encajado de

plano inclinado con cristalera.

Se adentró en la estancia, despacio para no hacer ruido. Descubrió una alfombra en el centro y la rodeó. Se acercó al ventanal y pudo ver el mar. La luna estaba en cuarto menguante en un cielo despejado, las aguas del océano brillaban ligeramente.

De pronto, escuchó unas risas, unas risas que le llegaron ahogadas por la lejanía y también por paredes y techos. No era posible que en la villa de los Chandler se pudiera reír, aquella misma tarde habían enterrado a Magda en el East Memorial Park.

Anduvo vacilante por la estancia, tratando de localizar las risas.

Cuando se hallaba inclinada en el estudio, se inclinó hasta llegar al suelo, dándose cuenta de que las risas procedían de debajo de ella.

Palpó la alfombra y acercó su oído a ella. Se le ocurrió levantar la alfombra para oír mejor y debajo descubrió un círculo pintado, un círculo en el que Vie se centró.

Observó que había asimismo un pequeño agujero por el que no veía nada, pero sí pudo escuchar voces con claridad.

—Willy, Willy, eres diabólicamente fogoso.

—¡Quiero cabalgar sobre mi yegua favorita! ¡Hay que celebrarlo, soy libre, libre!

—No te quejes, has cabalgado a tu yegua Caroline en muchas ocasiones —le contestó la voz femenina que Vie identificó perfectamente como la de Caroline.

—Era distinto, muy distinto. Siempre teníamos la preocupación de que Magda nos descubriera.

—¿Crees que mi hermana nunca supo lo nuestro?

—No lo sé. ¿Y qué importa? Ahora ya está en el infierno.

—Por favor, no digas eso. Después de todo, Magda era mi hermana.

—No sé de qué te quejas, si ella era amiga del diablo.

—Déjala en paz ahora que está muerta.

—Pero, ¿tú crees en esas estupideces de vivir después de la muerte? —Volvió a reírse—. Después de la muerte viene la nada, la nada. Anda, bebe, hay que celebrarlo con más champaña.

—Si ya hemos vaciado una botella.

—Pues, otra, que todos los días no puede enterrar uno a su mujer.

Se escuchó el taponazo al ser descorchada la botella.

Vie no quiso escuchar más, la situación estaba clarísima. Sintió repugnancia hacia aquellos dos seres que celebraban de semejante forma la desaparición de otro ser tan vinculado a ellos como lo era Magda, hermana de Caroline y esposa de William Chandler.

Tornó a cubrir el agujerito y el círculo con la alfombra y entonces observó que en las paredes había símbolos extraños, símbolos cabalísticos que ella no comprendía y que fosforescían en la oscuridad, ya que en aquellos momentos tenía la linterna apagada.

Recordó lo que le dijera Rose. Allí celebraba Magda sus rituales satánicos, si es que realmente era bruja.

Los signos fosforescentes le dieron que pensar y comenzó a notar en su espalda una sensación extraña, de profundo desasosiego, como si unos ojos estuvieran clavándose en ella.

Se volvió y se encontró con la ventana cerrada, aquella ventana que se hallaba en el tejado.

Vio dos lucecitas, como dos estrellas brillantes y resultaba difícil precisar si eran dos astros muy lejanos o eran dos puntitos de luz que por el exterior se habían pegado a los cristales.

Lo que le produjo más inquietud era que la distancia y posición de los dos puntos de luz podía corresponder a unos ojos humanos que desde detrás de los cristales, desde la noche negra, la observaban inquisitivos.

«Sí, mamá era una bruja, hacía sus ceremonias en el estudio...», repitió dentro de su cerebro la voz de la pequeña Rose.

Comenzó a retroceder hacia la puerta. Los dos puntitos de luz seguían al otro lado de los cristales como unos ojos y Vie no se atrevía a comprobar si eran estrellas u otra cosa.

Abrió la puerta y salió del estudio cuando oyó unos pasos precipitados, unos pasos que huían por la escalera.

Sus oídos no podían haberla traicionado y ella, en aquel momento, no se había movido, los pasos no eran una ilusión, iluminándose con la linterna, avanzó hacia la escalera y preguntó:

—¿Hay alguien ahí?

Escuchó el ruido de la puerta que daba acceso a la escalera y le pareció que querían cerrarla.

Vie comprendió que si quedaba encerrada allí, no podría soportarlo y si gritaba reclamando ayuda, quedaría en evidencia su situación de intrusa fisgona. Corrió hacia la escalera, ya sin importarle que sus pasos también se pudieran oír, y llegó hasta la puerta.

La abrió y al comprobar que cedía, exhaló un suspiro de alivio.

Pasó al otro lado de la puerta y regresó a su alcoba sin hacer ruido.

Rose seguía durmiendo con la luz encendida. Vie se dejó caer en la butaca, muy agitada. Deseó dormirse, pero no lo consiguió.

CAPITULO III

Vie había cogido el coche pequeño, uno de los tres automóviles que poseía la familia Chandler, y al volante del mismo rodaba por el asfalto llevando consigo a Rose y a Lenny.

Los niños iban callados, mirando a la escasa gente que caminaba aprisa por la calle. El cielo volvía a estar plomizo, aunque no llovía.

Vie parecía más preocupada por lo que bullía en su mente que por el tráfico, que a aquella hora de la mañana era escaso.

Se introdujo en el jardín zoológico por una carretera que avanzaba entre parterres y setos recortados y se detuvo en el aparcamiento donde apenas había siete u ocho vehículos cuando en otras ocasiones se podían contar allí a centenares.

—Hemos llegado.

Abandonaron el coche y pisaron la tierra de la acera, una tierra bien cuidada, pero húmeda debido más a la lluvia que a posibles riegos artificiales.

Vie pasó por taquilla y, al poco, se adentraban en el zoo.

El lugar estaba prácticamente desierto de humanos e incluso muchos de los animales se hallaban refugiados en las guaridas artificiales proporcionadas por los zoólogos. Huían del frío mucho de ellos, ya que procedían de los trópicos.

No se podía decir que aquel zoo fuera importante, no tenía comparación con los zoológicos de Nueva York, Los Angeles, Chicago, Londres, Moscú o Barcelona. Aquel zoo poseía una buena cantidad de especies, pero ningún animal que pudiera considerarse ejemplar único o casi único como era el caso de un oso panda, un gorila blanco o una pareja de nutrias gigantes. Tenía ciervos, búfalos, monos de distintas especies, pájaros, etcétera.

Vie miró su reloj de pulsera. Estimó que era temprano y dijo:

—Podéis mirar a los animales.

—Vie —dijo la pequeña Rose, cogiéndola de la mano.

—¿Sí?

—No hay nadie.

—Es temprano, hace mal tiempo y es hora de estar en la escuela.

—¿Tendré que volver a la escuela?

—Claro. Vuestro padre ha pensado que era mejor que descansarais unos días y ha telefoneado al director del colegio.

—Tendré los trabajos atrasados.

—No te preocupes, yo misma os daré la lección que os corresponde. Veréis como no notáis la ausencia.

De pronto, Lenny arrancó a correr, alejándose de ellos.

—¡Lenny! —llamó Vie.

El niño no se detuvo, siguió corriendo.

—¿Adónde ha ido, Vie?

—No lo sé. Vamos, aprisa, no puede ir lejos.

—¿Se lo comerá un león?

—No, no tengas miedo, hay barreras, fosos, rejas; no se pueden comer a ningún niño. Esto no es la selva.

Sin embargo, Vie aceleró el paso temiendo que pudiera ocurrir una desgracia. Lenny era un niño que aun siendo más pequeño que su hermana resultaba mucho más revoltoso que ella y parecía tener más astucia.

—Mira, Vie, está allí abajo, con aquel pájaro negro y grande.

Vie observó que el pequeño Lenny había rebasado unos parterres hasta situarse en el centro de una instalación donde unos troncos retorcidos y separados del suelo formaban arcos.

Sobre uno de estos troncos había un gran pájaro negro frente al cual estaba el niño.

Era un ave desconocida para Vie. Si se parecía a algo, podía ser a un cuervo gigante, un cuervo cuatro o cinco veces superior a sus dimensiones normales.

—¡Lenny, Lenny, vuelve aquí, vuelve!

Temiendo lo peor, Vie pisó el parterre para ir a apartar a Lenny de aquel enorme pájaro que permanecía quieto y con el pico cerrado, un pico que podía arrancar los ojos del niño o degollarlo de un solo picotazo.

Asustada, Vie cogió a Lenny por una mano y jaló fuerte de él, sacándolo de aquel lugar, temerosa de que el animal se les echara encima desplegando sus alas de un negro azulado y que a juzgar por el tamaño del pajarraco debían tener una gran envergadura.

—¿Por qué no me dejas, Vie, por qué no me dejas? —protestó el chico, resistiéndose.

—Es muy peligroso lo que has hecho, nunca se sabe lo que puede hacer un animal.

—¡ Si es Leonard, es Leonard!

—¿Qué dices? Si Leonard eres tú...

—Claro, y él es mi padre.

Vie se lo quedó mirando fijamente y luego resopló.

—Vais a volverme loca.

El niño trató de soltarse de la mano de la joven, pero ésta apretó con fuerza para que no se le escapara. De pronto...

—Volveremos a vernos —dijo aquel extraño pájaro negro en un tono de voz muy bajo, alargando las sílabas.

—¡Sí, sí, volveremos a vernos! —respondió el chico, más tranquilizado.

—¡Vie, el pájaro ha hablado! —exclamó la niña, muy sorprendida.

—Sí, ya lo he oído. Hay pájaros capaces de imitar la voz humana; toda la familia de los loros y también los córvidos pueden hacerlo.

—¿Qué son córvidos?

—Pues, cuervos. En ese letrero lo dirá.

Se acercaron al rótulo que explicaba la clase de aves que podía haber en aquel lugar.

—Guacamayos, oriundos de... Esto no es.

Vie quedó perpleja. No era ninguna zoóloga, pero era más que evidente que el gran pájaro negro no tenía ningún parecido con los vistosos guacamayos, unas aves prensoras hermanas mayores de los loros americanos.

Echó a andar llevándose a los niños consigo, cuando encontró a uno de los vigilantes del recinto leyendo un periódico sentado en un banco debido al escaso trabajo que había.

—Oiga...

—¿Sí, miss?

—Ese pajarraco negro que hay allí... —señaló los troncos que estaban algo lejos.

—No veo ningún pájaro negro, miss.

—Sí, ése, el que está...

Vie se volvió y entonces comprobó que ya no estaba. Lenny se reía por lo bajo.

—Estaba ahí hace unos momentos.

—Me temo que se confunde, miss. Aquél es el sitio de los guacamayos, ya sabe, son aves tropicales y cuando llega el invierno son trasladadas a un gran aviario. El invierno es duro para los animales del trópico, por eso es más bonito venir aquí en primavera y verano, ahora está algo triste; claro que los pequeños pueden divertirse igualmente, aunque deberían estar en la escuela, ¿no?

—Mamá se ha muerto —dijo Rose, decidida.

—Ah, siendo así... —el vigilante carraspeó. Enrolló el periódico y con él señaló hacia el norte—. Lo mejor en este momento está en los recintos de los pingüinos, los osos y las focas; a ellos sí les gusta este tiempo frío. ¿Quieren que les acompañe?

—No, no es necesario, gracias. Estamos esperando a un amigo —se disculpó Vie. Volviendo a mirar hacia los troncos donde había visto el extraño pájaro negro, insistió—: ¿Seguro que allí no hay ningún ejemplar de ave ahora?

—No, ninguno. Como no se posen en los troncos algunas palomas, ya sabe, ellas sí están libres.

—Gracias de todos modos.

Lenny seguía riendo mientras Vie se lo llevaba.

—Lenny, ¿por qué te ríes?

—Porque se ha marchado y tú no lo sabías.

—Conque tú ya conocías a ese pajarraco, ¿eh?

—Sí, es mi padre y se llama Leonard.

—No sigas con esas tonterías.

—Nunca lo podrán enjaular.

—¡ No es papá, no lo es! —protestó Rose.

—¿Tú lo habías visto alguna vez, Rose? —preguntó Vie, extrañada ante toda aquella absurda fantasía del chico y para ver si esa fantasía era

compartida por la niña.
—Sí, lo vi una vez.
—¿Dónde, en este mismo lugar?
—No, estaba encima de la balaustrada de la terraza que da al mar.
—Habría venido a visitar a mamá —objetó Lenny.
—¡Esto es inaudito! ¿Quién os cuenta esas historietas tan horribles?
Los niños se la quedaron mirando de una forma que a Vie le dio la impresión de que no la mentían.
—¡Vie!
Por uno de los senderos se acercaba la figura atlética de Roddy Stillman, el joven médico del Investigation Medical Center.
—Bon jour, doctor.
—Mal jour —replicó él, estrechándole la mano. Miró en derredor y comentó—: Está esto muy solitario. Allí hay unas mesas con sillas, aunque el bar está cerrado, podemos sentarnos.
—Sí, vamos —aceptó Vie.
El lugar escogido por Roddy se hallaba frente al estanque de las focas que parecían disfrutar sin problemas; les importaba muy poco que hiciera frío y que el cielo estuviera plomizo, amenazando lluvia.
—Podéis acercaros a ver las focas.
Los dos niños, sin entusiasmo, se acercaron a la barrera de cemento que les separaba del recinto de las focas, centrado por un amplio estanque de aguas limpias.
—¿Me disculpará que le haya citado?
—Por supuesto, Vie, y preferiría que nos tuteáramos.
—Gracias, doctor Stillman.
—Roddy, me llamo Roddy.
La muchacha esbozó una sonrisa tímida y luego dirigió su mirada a los niños que se habían quedado observando las focas.
—Me he dirigido a ti porque eres médico. Yo casi no conozco a nadie aquí, soy extranjera y...
—¿Familia de los Chandler?
—En absoluto, soy de París y estoy aquí ampliando estudios sobre el idioma inglés. En realidad estoy haciendo una tesis sobre las diferencias entre el inglés británico y el inglés de la costa este americana.
—Supongo que será interesante.
—Sí, lo es, pero ése no es el tema del que deseaba hablarle.
—¿De Rose, acaso?
—Sí, me preocupa.
—¿No ha aceptado bien la muerte de su madre?
—No, para la niña ha sido un trauma muy fuerte.
—Sería conveniente llevarla a un psicólogo.
—Eso depende de míster Chandler, yo no puedo influir en la familia. Creo que si se enteran de que he consultado a un médico, aunque sea de forma

amigable, me ponen la maleta en la puerta de la casa y me dicen que busque otra casa para hacer de chica au-pair.

—¿Qué le pasa a la niña?

—Tiene terrores nocturnos, ha de dormir conmigo.

—Yo diría que eso, en su situación, es casi normal.

—Sí, pero es que su hermano está un poco raro y aún le provoca más miedo.

—Los niños, en ocasiones, son crueles y si se dan cuenta de que otro niño puede sufrir haciéndole pasar un miedo que ellos pueden provocar, se vuelven despiadados.

—Antes no me había percatado de ello, pero yo diría que Lenny es algo perverso y me duele decirlo siendo tan pequeño.

—Hay que cortar en la niñez esa tendencia a la maldad, pero creo que tú no eres la educadora de los niños.

—No, no lo soy, pero me siento responsable de Rose. Duerme en mi habitación, no se atreve a dormir sola.

—¿Y su tía Caroline? Creo que vive en la casa, ¿no?

—Sí, pero digamos que la tía Caroline es un poco especial.

Y recordó lo que había descubierto.

—¿No le gustan los niños?

—Me temo que no.

—Bueno, los niños pasarán mucho tiempo en la escuela y se olvidarán algo de los problemas familiares.

—No sé cómo decírtelo, Roddy, pero los niños hablan de brujería.

—Eso está de moda; se proyectan demasiadas películas de estos temas, pero no pasará a mayores.

—Es que ellos creen que su madre era una bruja.

—¿Una bruja la difunta?

—Sí.

—Qué tontería. ¿Quién les ha metido esa idea en la cabeza, su tía?

—No lo sé a ciencia cierta, sólo sé que el matrimonio Chandler había tenido muchas disputas y en algunas de ellas, míster Chandler había llamado bruja a su mujer.

—Si los niños oyeron el insulto, debieron grabarlo en sus mentes y ahora, con la muerte reciente, han desquiciado las cosas. Siempre se ha dicho que las discusiones matrimoniales perjudican mucho a los hijos.

—Sí, eso es cierto, pero ¿y si la madre era en efecto una bruja?

—¿Tú también crees en eso? Debe influir mucho el ambiente de la casa para que tú también lo pienses.

—Quizá no fuera una bruja, pero parece ser que sí practicaba ritos de brujería.

—¿Estás segura?

—La pequeña Rose me lo dijo; fui al estudio y me pareció ver cosas extrañas.

—En ese caso, se explican mejor los terrores nocturnos de la pequeña, las niñas son más sensibles y receptivas que los chicos. Alguien tendría que decirle a míster Chandler que su hija debe visitar a un psicólogo y que también sería conveniente cambiarla de ambiente. Florida o California serían los mejores lugares.

—Eso no es nada fácil.

Vie quedó unos instantes pensativa.

—Tú no te has de sentir obligada por esta situación.

—Me gustaría ayudar a Rose, pero...

—No te has de sentir culpable, la niña no está bajo tu potestad. Aunque te lo diga con crudeza, eres una intrusa en la familia Chandler y no puedes influir en nada.

—Estoy confundida, Roddy.

—¿Por qué? ¿Apreciabas mucho a la señora Chandler?

—Magda, ése era su nombre, no era una mujer simpática. Creo que aceptó mi presencia en la villa para no tener que ocuparse de los niños ni sentirse acosada por sus constantes preguntas. No tuve nunca una charla íntima con ella. Lo que sucede es que antes de encontrarte a ti he visto a un pájaro grande y negro que hablaba.

—Sería un cuervo.

—Conozco a los cuervos, en Francia los tenemos en cantidad Este era mucho mayor, tenía un aspecto siniestro y hablaba.

—Los córvidos tienen posibilidades de hablar.

—Es que Lenny asegura que es su padre y que se llama Leonard como él.

Roddy se la quedó mirando muy fijo a los ojos y dijo:

—Creo que serás tú la que tenga que ir a un psicólogo.

—Me temo que vas a tener razón —aceptó Vie con un suspiro—. Pero el pájaro estaba y el vigilante ha dicho que ese pájaro no existía. Estoy muy confusa, no sé cómo explicarlo. El niño se ha empeñado en decir que era su padre.

—Tranquila, busquémosle una explicación. Hay aves que en los zoos salen de sus jaulas o recintos y cambian de lugar, pero luego regresan a su sitio por querencia, porque saben que allí encontrarán el alimento. ¿No lo habréis confundido con un buitre, un cóndor o algo por el estilo?

—No, esas aves no hablan y el que hemos visto ha dicho claramente «volveremos a vernos».

—¿No habrá sido todo una broma más de ese chico? No empieces a creer ahora en brujas y diablos que se transforman en pajarracos...

—Tienes razón. La muerte de Magda ha influido demasiado en todos, en mí también.

—Puede que el ambiente de la villa tenga la culpa. Hay personas que impregnan la casa donde viven de su personalidad y aunque desaparezcan, parece que sigan persistiendo en el mismo lugar y que se les pueda ver de un instante a otro.

—Será mejor que sigamos visitando el zoo, me temo que me estoy portando mal.

—¿Mal, por qué? —preguntó Roddy Stillman, poniéndose en pie.

—Es como si estuviera traicionando la confianza que la familia Chandler ha puesto en mí.

—Todo lo contrario, estás preocupándote por la familia que te ha dado hospedaje en su hogar.

—Es que no debería contar nada a terceras personas.

—No tienes a nadie en quien confiarte y te ha parecido bien hacerlo con un médico.

—i Vie, Vie! Si Rose se cayera ahí dentro con los osos, ¿se 1a comerían?

La pregunta de Lenny, tras avanzar por otros recintos de animales, dejó sorprendidos a Vie y a Roddy.

—Vie, Vie, no se me comerían, ¿verdad?

—Claro que no, mon petite, claro que no —y la estrechó contra sí.

—¡Sí se te comerán, sí se te comerán, sí se te comerán! —repitió Lenny con evidente intención de molestar a su hermana.

Roddy cogió al niño por el brazo y se inclinó hacia él.

—Escucha, pequeño: ¿Crees que es bueno lo que haces?

—¡No me toque, no me toque, no me toque! —comenzó a gritar.

Roddy se dijo que tenía dos opciones: Darle una azotaina a aquel niño o dejarlo estar.

Como después de todo él no tenía ninguna autoridad sobre el pequeño, optó por soltarle el brazo. Lenny echó a correr de nuevo.

—¡Se ha vuelto a escapar! —exclamó Vie ya irritada mientras la pequeña Rose seguía hipando de miedo, abrazada a sus piernas.

—No temas, no le pasará nada. Evidentemente es un niño muy especial y debe ser tratado por personal especializado. Es muy posible que su carácter se deba a los problemas familiares.

—¡Yo no aguanto más! —exclamó Vie.

Roddy cogió a la pequeña Rose y la levanto en brazos. La niña se dejó llevar por el hombre mientras Vie se adelantaba buscando a Lenny al que encontró frente a la gran jaula protegida con tela metálica hasta en su techo y en la que se hallaban recluidos los cuervos.

Las aves graznaban exasperadas, revoloteando de un lado a otro, como espantadas.

—¡Tienen miedo, tienen miedo, tienen miedo! —repetía Lenny riéndose, colocado frente a la enorme jaula.

CAPITULO IV

El doctor Roddy Stillman se hallaba en el vestíbulo de la clínica privada del doctor Honner, una clínica especializada en cardiopatías y que, como otras también muy especializadas, estaba conectada con el Investigation Medical Center que se dedicaba a la selección, extirpación y banco de órganos humanos para trasplantes, investigación y prácticas médicas.

Se escuchó un grito sobrecogedor, un grito de terror y muerte, un grito que tensó los músculos de cuantos lo oyeron y que puso la carne de gallina a los visitantes, sacudiendo nerviosamente al personal de servicio.

—¿Dónde ha sido, dónde ha sido? —gritaban, corriendo de un lado a otro por corredores y habitaciones.

Roddy había corrido como uno más, interesándose por lo sucedido. No era interno de aquella clínica, pero estaba unido a ella como a otras gracias a que él pertenecía a la nómina de médicos del Investigation Medical Center.

La enfermera encargada del corredor se enfrentó con una puerta que trató de abrir sin conseguirlo.

—¡ Debe estar cerrada por dentro!

Llegaron más médicos. El jefe médico masculló:

—Esta habitación es de cuidados intensivos y tiene cámara de esterilización.

—Hay que abrir para ver lo que ha pasado —dijo Roddy Stillman.

El jefe médico insistió:

—¿Seguro que ha sido aquí?

—¡Sí, sí, ha sido aquí! —repitió la enfermera, muy nerviosa.

—¿Cómo puede haberse cerrado la puerta por dentro?

—No lo sé, doctor, quizá el enfermo se ha levantado y la ha cerrado.

—Imposible. Ese hombre estaba muy grave y se le había trasplantado el corazón recientemente. Alguien más debe haber ahí dentro.

El médico comenzó a golpear la puerta con la palma de su mano.

—¿Quiere que llame por el teléfono? —preguntó la enfermera sin saber qué hacer, temiendo que se la culpara a ella de que se hubiera filtrado un intruso en aquella habitación de cuidados intensivos.

—Sí, hágalo —asintió el jefe médico. Luego, alzó la voz—: ¡Abra, quien quiera que sea, abra!

—¿Me permite? —preguntó Roddy Stillman.

—¿Es que usted sabe quién está adentro?

—No, pero lo averiguaremos de inmediato.

Y cargó contra la puerta, haciendo saltar hecha astillas parte de la jamba.

La habitación de cuidados intensivos poseía una antecámara con lavamanos y aseo completo y otra puerta de cristal desde la que se podía observar el recinto donde se hallaba el enfermo desconectado del resto del mundo para evitarle contagios de enfermedades, ya que para impedir el

rechazo del órgano trasplantado, se le privaba de todas sus defensas, quedando a merced del más simple virus o bacteria que cualquier persona podía absorber, inhalándolos a millares.

Ya a través de las puertas de cristal que separaban la antecámara de la habitación propiamente dicha, pudieron ver un espectáculo horroroso, un espectáculo que sobrecogía.

—¡Fuera, fuera los mirones! —gritó desencajado el jefe médico.

Dos internos se convirtieron en vigilantes para impedir el paso de enfermeras y posibles mirones.

Roddy abrió la puerta de cristal y junto al jefe médico pasó a la habitación donde se hallaba el enfermo que había recibido el beneficio del trasplante de un corazón humano.

La sangre lo salpicaba todo en derredor: Ropas, paredes, mesitas, sillas... Era como si hubiera estallado una bolsa llena de sangre.

El enfermo yacía boca arriba, con la boca desencajada tras lanzar su último alarido y los ojos espantosamente abiertos; pero no era su rostro lo que más impresionaba si no su cuerpo, un cuerpo abierto prácticamente en canal, mostrando las vísceras ensangrentadas, destrozadas.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —balbució aturdido el jefe médico, sabiendo que nadie iba a responderle.

—La ventana está abierta.

En efecto, la ventana de la habitación se hallaba abierta, pese a los seguros que poseía para que nadie pudiera abrirla inadecuadamente.

El jefe médico, ante lo que ya era un cadáver, un despojo humano, introdujo sus manos y buscó en el interior del pecho, caliente y mojado.

—¡Le falta el corazón!

—Y no se lo ha quitado un médico, a juzgar por la forma bestial en que han abierto este cuerpo —gruñó otro de los médicos.

El jefe médico siguió observando:

—Es como si le hubiera atacado una fiera con sus garras.

Roddy Stillman se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Había tres pisos de altura hasta los jardines que rodeaban la clínica. Si el asesino que había robado aquel corazón recién trasplantado a un ser humano para que siguiera viviendo, había escapado por aquella ventana, no podía ser humano.

—¿Qué hacemos, doctor? —preguntó uno de los internos.

—Nada, nada, aquí no ha pasado nada. Traigan hilo grueso, coseremos este cuerpo. Avisen a la familia de este paciente; no ha resistido el trasplante y ha fallecido, eso es todo.

—Pero...

—No hay peros —le cortó el jefe médico, tajante—. ¿Quiere que se propague el pánico? Los trasplantes ya son demasiado delicados, no quiero que se hable de este asunto. Hay que cerrar este cuerpo, ha habido rechazo, eso es todo. Aprisa y que no entre nadie. Cuando esté cosido, lleven el cuerpo a la sala de disección y que se cierre esta habitación hasta que sea lavada y

esterilizada.

Cuando aquel cuerpo quedó debidamente cosido, el jefe médico, en su despacho, pálido y con un ligero temblor en la mano que sostenía el cigarrillo, miró a Roddy Stillman.

—¿Cree que la familia de la donante podía saber a quién había ido a parar ese corazón?

—No, no lo creo —respondió el jefe médico—. Se guarda riguroso secreto y cuando firman la donación, renuncian a toda investigación posterior.

—Sí, ya lo sé, pero...

—¿Cree que algunos terminan por averiguarlo?

—Podría ser, ¿no?

—Sí, existe la posibilidad. No lo haría una persona normal, pero siempre hay psicópatas.

—¿Cree que algún miembro de la familia podría cometer una locura como la que desgraciadamente hemos presenciado?

—No. No conozco bien a la familia de la donante, pero pienso que no.

—Es extraño, muy extraño, jamás había pasado una cosa semejante. Bastantes problemas tenemos ya con los rechazos y las esterilizaciones que dejan a nuestros pacientes totalmente indefensos ante un simple resfriado.

—Lo ocurrido, sin duda alguna, puede considerarse un asesinato.

—¿Va a denunciar el hecho a la policía? —preguntó Reddy Stillman.

—No.

—¿Se da cuenta de que puede traerle problemas el no hacerlo?

—Más me traerá si lo denuncio. Comenzarán a investigar, los reporteros asaltarán la clínica, no podré impedirlo, y la hundirán. Los pacientes cogerán pánico, un pánico absurdo, pero cuando el pánico se contagia siempre tiene consecuencias. Confío en que usted guardará el secreto.

—¿Me pide que sea cómplice?

—Le pido que ayude a la medicina, le pido que ayude a que otros pacientes se salven.

—Pero, el loco que ha estado aquí, abriendo en canal a un paciente con garras o con garfios, puede repetir la experiencia.

—No creo, acentuaremos las vigilancias —chupó el cigarrillo, expulsó el humo y volvió a hablar—. Me da la impresión de que quien quiera que haya cometido esa monstruosidad buscaba a ese paciente concretamente y ya ha conseguido lo que quería.

—Sí, ha arrancado el corazón que usted colocó en el cuerpo de un hombre que sin el trasplante habría muerto en breve plazo y con toda seguridad.

—Sí, un psicópata o un monstruo, no sé cómo calificarlo, ha destruido nuestra labor. En realidad, el receptor estaba ya en la agonía y esta extirpación lo que ha hecho es devolver a la muerte lo que nosotros le estábamos arrebatando.

—Hay algo que me preocupa mucho.

—¿El qué, doctor Stillman?

—¿Por dónde escapó el asesino con el corazón robado?
El jefe médico se encogió de hombros.
—Quizá salió volando por la ventana.

CAPITULO V

Vie salió a la terraza amplia y bien embaldosada que miraba al océano Atlántico.

Bajo la terraza había rocas batidas por las aguas, un lugar siempre cargado de rumores y olor a mar.

Anduvo hacia los sillones de mimbre de amplísimos respaldos encarados con la baranda, dando la espalda al edificio de la villa. Los sillones estaban ocupados y como Vie utilizaba zapatos ligeros y el rumor de las olas era fuerte, sorprendió a míster Chandler y a su cuñada Caroline.

El hombre le estaba acariciando el muslo a lo largo y a lo ancho con la complacencia de Caroline que sonreía; mas, la presencia de la intrusa borró la sonrisa de Caroline y míster Chandler apartó la mano rápidamente.

—¡Mademoiselle!

Evidentemente, la pareja se había molestado por la presencia de la francesita que a ellos, en aquel momento, no les pareció tan grata.

—Disculpe, es que como pasa usted tanto tiempo fuera de la villa y quería hablarle...

Caroline torció el gesto.

—Está bien, pero...

—No voy a molestarle más, míster Chandler, sólo he venido a comunicarle que me marcho.

Por la expresión de sorpresa de míster Chandler, fue fácil adivinar que aquélla era la noticia que menos esperaba y su posición de fuerza semejó disiparse.

—¿Cómo ha dicho?

—Que me voy, míster Chandler, creo que ya les he molestado bastante.

—¿Molestar? ¡Bendita sea su ayuda, mademoiselle! Usted entiende a los niños mejor que nadie. La quieren, no puede abandonarles.

—En realidad me quiere Rose, Lenny es otra cosa.

—Lenny es un chico travieso...

—Yo no soy su educadora, sólo les enseño francés y les hago un poco de compañía, nada más. No soy una persona asalariada.

—Si es por eso...

—Por favor, míster Chandler, no lo interprete mal. No busco un salario, simplemente estoy estudiando las variantes del idioma inglés. Lo que quería puntualizar es que no soy una educadora.

—Pero, usted les hace compañía. La ausencia de mi difunta esposa puede hacerse notar y usted, con su presencia, hace que los niños olviden. Le aseguro que si desea un salario, puede fijarlo.

—No. Sé que muchas au-pair cobran, pero yo, cuando vine aquí, lo hice sin esa condición y me marcharé de la misma forma.

—Disculpe si la he molestado, mademoiselle. Sé que en París usted está

bien aposentada con su familia.
—Sí, es así, aunque cuando regrese quiero luchar por mis francos y no dejar que la familia me mantenga. Ahora lo hago porque considero que estoy ampliando estudios.
—Bien, bien, pero no voy a dejar que se marche. Aún no se ha cumplido el tiempo que se fijó en nuestro acuerdo.
—Eso es cierto, pero las circunstancias... —miró a Caroline, hizo una breve pausa y añadió—: Pienso que miss Caroline puede cuidar de los niños mejor que otra mujer. Rose y Lenny llevan su sangre, miss Caroline es su tía
—Sé perfectamente que Magda era mi hermana, lo dicen hasta los documentos. No hace falta que me lo recuerde, querida.
—Por favor, Caroline, déjanos un momento a solas, quiero hablar con Vie.
Caroline miró sorprendida a míster Chandler, pero no dijo nada y se levantó del sillón de mimbre y bambú. Alzó la barbilla para mirar arrogante a Vie, como dándole a entender que estaba por encima de ella y después se alejó contoneando el conjunto de sus nalgas y caderas.
—Mademoiselle, tome asiento y charlaremos.
—Verá, míster Chandler...
—Por favor, siéntese y no se ponga a la defensiva. ¿Tanto miedo tiene a que su decisión pueda desmoronarse con mis palabras?
—La he meditado mucho.
William Chandler no era un hombre vulgar, había recibido formación universitaria en Harvard y poseía dotes de adaptación a las distintas situaciones; diríase que había tomado clases de actor.
—Creo que sé lo que le sucede, mademoiselle. Usted se siente a disgusto por situaciones que considera incorrectas.
—Yo, míster Chandler...
El hombre no la dejó continuar.
—Es extraño en usted que viene de un país tan liberal y democrático. Allí, por lo que sé, se celebran más votaciones que en mi país. Bueno, dejemos la política a un lado; usted debe pensar que no está bien que Caroline y yo...
—Yo no he dicho nada, míster Chandler.
—Pero lo piensa y no se equivoca. Caroline y yo somos amantes, ya ve que soy sincero y no le oculto nada.
—No tiene que darme explicación alguna.
—Quiero dárselas porque no deseo que se marche. Caroline es una excelente amante. Pensará que soy un cínico al decirle esto, pero es la pura verdad, como también es verdad que para cuidar de los niños no sirve, claro que tampoco servía Magda.
—Es una situación violenta para mí, míster Chandler, compréndalo.
—Si se marcha, me va a crear muchos problemas. Si está usted aquí, Caroline también puede estar, los niños se hallan atendidos y todo funciona bien. Sólo le pido que se quede el tiempo que acordamos. Mientras, usted misma me ayudará a solventar esta situación. Buscaremos una institutriz. Por

favor, ayúdeme a que los niños superen el trauma que ha representado la desaparición de su madre.

—Tiene usted palabras muy elocuentes, míster Chandler; sin embargo...

—Es usted difícil de convencer. Si es por lo de Caroline, le diré que Magda lo sabía. Hace tiempo que lo de Caroline y yo funciona y bien.

—¿Y dice que mistress Chandler lo sabía?

—Sí, y deje de llamarla mistress Chandler, era Magda.

—¿Y lo consentía? —se asombró Vie.

—Sí, y me dijo que jamás me daría el divorcio. La verdad, no quería líos legales. Siempre me gustó Caroline y yo, por lo visto, no le caía mal a mi cuñadita. Magda se molestó un poco al principio.

—Insisto que sus problemas no son de mi incumbencia.

Míster Chandler, hombre de mundo y astuto en consecuencia, deseaba que Vie no se le marchara en aquellos momentos en que la necesitaba para sentirse él más libre y tener a sus hijos más controlados; recurrió a pulsar las fibras sensibles de la joven diciéndole:

—Estará pensando que soy un sinvergüenza y un canalla.

—Por favor, míster Chandler, si su esposa estaba de acuerdo...

—Ella no podía quejarse porque fue la culpable de que nuestro matrimonio hiciera aguas, pero yo evité que se fuera a pique. Sí, ya sé que me dirá que no hay que hacer caso de las conveniencias sociales, pero cuando se está bien instalado, es mejor ser conservador o se mete uno en problemas. Magda lo entendió así, pero era muy mordaz.

Vie, ya interesada por el problema familiar, se atrevió a preguntar:

—¿Ella le dijo que le engañaba?

—Sí, y tuve una reacción difícil de explicar. De no haber sido por los niños, todo habría hecho «¡pum!».

—¿No quiso abandonar a su amante?

—No, no quiso. Su amante era un ser muy especial, en más de una ocasión me echó en cara que yo jamás la había complacido como lo hacía él.

—Era cruel.

—Sí, mucho. Pasó el tiempo y fue cuando me fijé en Caroline. Me acerqué a ella, posiblemente por lo que en sí misma también tenía de Magda, no en vano eran hermanas. Por eso me casaré con Caroline, tiene lo bueno de Magda y no tiene lo malo de ella; pero, no es fácil, también Caroline tiene sus cosillas.

—Hay que amar con defectos y virtudes.

—Eso es.

—Si le hago una pregunta que puede ser muy cruel, ¿se molestará conmigo?

—No, puede hacerla, ya ve que soy sincero con usted. Me hace falta por los niños. Si Caroline fuera de otra manera en ese aspecto, pero...

—¿Lenny es hijo de usted o del amante?

—¿De modo que Magda se lo dijo? —preguntó palideciendo de pronto,

temblándole los labios.

En aquel momento, míster Chandler no parecía actuar para ejercer su influencia sobre Vie.

—No, no me lo dijo ella.

—Entonces, ¿quién se lo ha contado?

—¿Me permite la reserva?

William Chandler alargó su mano y apresó el brazo de la joven.

—¿Quién se lo ha dicho? —insistió.

—Por favor, me hace daño.

El hombre la soltó.

—Disculpe, pero dígame quién se lo contó.

—Es que no creo que sea conveniente decirlo, me coloca usted en una situación muy violenta.

—Dígamelo, es necesario que lo sepa. Hasta ahora creía que sólo lo sabía yo, que Magda sólo me lo había escupido a mí a la cara. Fue desde aquellos días cuando ya no me pude acercar más a ella. Le aseguro que olía mal, olía a podrido, era horrible. Producía náuseas y no había explicación alguna porque yo sabía que se bañaba, pero el hedor era insoportable. Me daba cuenta de que otras personas no lo notaban, pero yo sí. Por aquellos días se produjo el embarazo y como que yo hacía tiempo que no hacía vida marital con Magda, le exigí que me dijera de quién era la criatura.

—¿Y le confesó que era de Leonard?

—Sí —musitó, como desinflándose—. Hasta el nombre sabe... Ahora comprendo por qué quería marcharse de esta casa que considerará sucia. La típica familia burguesa corrompida y empañada al mismo tiempo en mantener la imagen de hogar, dulce hogar.

—No era mi intención decirle eso, míster Chandler, pero usted me está tirando de la lengua.

—¿Y seguro que no se lo contó Magda?

—No, no me lo contó ella, pero permítame que me reserve el nombre de quien me lo ha hecho saber.

—¿Ha sido Caroline?

—No. Le ruego que no insista.

—Terminaré por saberlo, mademoiselle. —Se levantó con brusquedad, como dispuesto a alejarse. Había dado sólo un paso cuando se encaró de nuevo con Vie—. ¿Acaso ha venido por aquí ese Leonard?

—No, yo no conozco a ese hombre, ni siquiera sabía si era cierto que se llamaba Leonard. Lo he dicho por el propio Lenny. Lenny es diminutivo de Leonard y si Magda le puso ese nombre, pudo ser por llamarle como su padre.

—Así fue, Magda le puso el nombre al niño. Yo sabía que no era mi hijo y no me opuse a nada, lo reconocí como hijo mío, ya sabe, todo el papeleo, y ha sido tratado como si lo fuera, yo jamás le he negado nada. Oficialmente es mi hijo y tiene los mismos derechos y deberes que Rose. Se habrá dado cuenta de que es más maligno que la niña, pero me abstengo de darle alguna que otra

paliza para que yo mismo no pueda llegar a decirme que he cargado sobre el niño mi deseo de venganza.

—Sí, he de admitir que los trata igual, pese a que Lenny es un poco especial. Trata de asustar a Rose y lo consigue pese a que la niña es algo mayor que él.

—Sí —suspiró Chandler— debe haber salido al padre y a la madre. Ahora, le ruego que no divulgue esta noticia. Después de todo, a quien más daño le haría sería al propio niño.

—¿Y si lo llevara a un psicólogo? Nunca mejor que ahora, aprovechando el luctuoso suceso. Todos lo comprenderían.

—Sí, lo pensaré, pero usted seguirá en esta villa, ¿verdad? ¿Cuento con su ayuda, mademoiselle?

Vie suspiró, había perdido la batalla y le había costado mucho tomar la decisión de acercarse a míster Chandler para decirle que se iba.

—Está bien, seguiré un tiempo más.

—Cualquier cosa que precise, pídala.

William Chandler se alejó dejando a Vie sentada en el sillón de mimbre y bambú, mirando al Atlántico. Y la joven francesa se dio cuenta de que tenía frío.

CAPITULO VI

Cuando Vie aparcó su pequeño automóvil frente a la fachada noble del Mayflower College, no se veía ningún ser vivo, aunque sí había unos cuantos coches detenidos bajo las marquesinas que les protegían de la lluvia y de alguna posible nevada que pudiera producirse, pues el cielo continuaba encapotado.

Había llovido durante la noche; incluso, en algunos puntos había caído aguanieve y el asfalto semejaba más negro.

El rostro notaba la gelidez de un viento suave que no conseguía rasgar las nubes ni llevárselas al Atlántico.

—Vamos.

Los niños saltaron al suelo cargados con sus respectivas carteras. Vie se situó en medio de ellos y subió la escalinata.

Empujaron las gruesas puertas de dobles cristales y avanzaron por el amplio y limpísimo vestíbulo decorado con sobriedad.

El conserje habló por el teléfono interior sin decirles nada y, al poco, se abrió una puerta por la que aparecieron dos personajes, un hombre que cabalgaba hacia la ancianidad pero con porte regio y cuerpo erguido, y una mujer con exceso de carnes sobre sus huesos, rostro acostumbrado a mandar y un mentón alto que dejaba al descubierto la pequeña nuez de su garganta que a los niños les parecía que subía y bajaba como si fuera un ascensor. Quizá miraba a la garganta para no mirar aquellos ojos duros e implacables;

—Ah, los pequeños Chandler —exclamó el director del colegio, y acarició con ademán paternal las cabezas de los dos niños que no dijeron nada.

—He procurado darles las lecciones de estos días —dijo Vie.

—Oh, no se preocupe. —La miró a los ojos—. Es usted francesa, ¿verdad?

—De París.

—Celebro conocerla, señorita.

—Venid conmigo, pobrecitos niños, venid conmigo —dijo la tutora, llevándoselos.

Lenny se volvió. De su bolsillo sacó una hoja doblada y corrió hacia Vie, poniéndole el papel en la mano. Dio la vuelta y regresó con la tutora.

—Unes niños magníficos —opinó el director, muy amable—. Qué gran tragedia la muerte de su madre, menos mal que está su padre para cuidarlos. Un hombre excelente míster Chandler; de haberlo deseado, podría haber sido concejal de nuestra amada ciudad.

—Sí, seguro, es un hombre importante y muy atento.

—Le haría falta una nueva esposa. —Se sonrió tras unas gafas con delgada montura de oro—. No es muy correcto por mi parte hablar ahora de suplir a la difunta mistress .Chandler, pero los pequeños...

—Está en casa miss Caroline, hermana de la desaparecida mistress Chandler.

—Eso es magnífico. Míster Chandler ya me ha puesto en antecedentes por teléfono de lo ocurrido. Hemos tenido nuestro pesar, pero ayudaremos a los niños a ser fuertes. —Hizo un breve silencio mientras avanzaba hacia la puerta—. ¿Es usted de la familia?

—No, y tampoco asalariada, amiga de la familia nada más. Míster Chandler me ha pedido que me quede algún tiempo en su villa para atender a sus hijos, me refiero a hacerles compañía.

—Sí, sí, claro. Encantado de haberla conocido, mademoiselle.

Ya en el exterior y dirigiéndose al automóvil, Vie desdobló la hoja que acababa de entregarle Lenny.

Aquel dibujo de un pájaro negro posado sobre un tronco le produjo viva impresión. El pajarraco con aspecto de cuervo sostenía en su pico algo que parecía sangrar y debajo había un nombre: «LEONARD».

—Dios mío, qué niño...

Tuvo intención de destruir el dibujo; mas se contuvo y lo guardó en su bolso. Luego, pasó al automóvil y abandonó el recinto del Mayflower College.

Cruzó toda la ciudad por una autopista urbana para pasar a la North Road y por ella llegó al recinto de la clínica Investigation Medical Center.

Aparcó entre otros coches y entró en el edificio. Allí la calefacción estaba baja, la temperatura no sobrepasaría los doce o trece grados «Celsius». Quizá hubiera más calefacción en los quirófanos para que los cirujanos pudieran mover sus dedos sin torpeza.

—Por favor, ¿el doctor Stillman?

—¿De parte de quién?

—Vie.

La enfermera de recepción la miró un poco intrigada y luego sonrió. Quizá había varias enfermeras en la clínica que se habían interesado ya por Roddy Stillman que resultaba muy alto y apuesto, atlético y viril, y como médico se rumoreaba que prometía mucho.

No era fácil entrar como interno en aquella clínica de investigaciones y dedicada a hacer de banco de órganos para las más afamadas clínicas que estaban adheridas al grupo.

Los trabajos que allí se realizaban debían hacerse con la máxima perfección de técnicas quirúrgicas y material no parecía faltar, de modo que además de una labor profesional rentable, era un constante trabajo de investigación.

Buenos ojos, pulso firme y sereno y dedos habilidosos era lo que se precisaba, además de una rigurosa y óptima preparación médica, especialmente en anatomía quirúrgica.

Roddy no tardó en aparecer vestido con su uniforme de color verde y una placa roja sobré el pecho que pregonaba su nombre.

—Hola, Vie.

—Roddy, he dejado a los niños en el colegio.

La enfermera se los quedó mirando, intrigada.

—Ven conmigo.

La condujo por un corredor iluminado con una frialdad que penetraba a través de los ojos.

—Tengo que hacer un pequeño trabajo; si quieres, puedes contemplarlo.

—¿De qué se trata?

—He de extirpar unos pulmones. Después se han de meter en una trituradora y convertirlos en papilla, encerrar ésta en varios botes diferentes y ponerlos en un congelador. Luego, serían enviados a...

—No sigas, por favor, no sigas, prefiero esperarme.

—De acuerdo, en una salita encontrarás revistas. Ah, y no pienses que este trabajo es por diversión, no; se han de investigar unos procesos virales. Así es como se consigue averiguar el origen y los efectos de nuestros enemigos los virus y las bacterias.

—No, si yo no discuto el valor del trabajo, sólo que no lo soportaría bien. No estoy preparada para una disección de esta clase.

—Verás, yo no soy un médico de atención a los pacientes, si no de investigación y trasplantes. Son técnicas nuevas que tienen un gran futuro y con las que se puede hacer un gran bien a personas que morirían de no recibir órganos u otras partes del cuerpo de otros seres que ya no los necesitan.

—Roddy, estoy totalmente de acuerdo con los trasplantes. Si muero, no me importaría que lo que se pueda utilizar de mí se emplee mientras se tenga un respeto por el resto.

—Es lo que hacemos. Tenemos un máximo de respeto a los restos y empleamos lo estrictamente utilizable. Esto no es una desguacería de cadáveres si no una clínica que ayuda a seguir viviendo a los que tienen problemas como falta de riñones o un corazón agónico.

—Magda pasó por el quirófano, ¿verdad?

—No tenía que decírtelo pero sí, todo estaba en regla. Míster Chandler se encargó de conceder y firmar todos los permisos y ya viste que luego sus restos, respetuosamente, fueran devueltos y sepultados con todo este procedimiento gracias al cual varias personas están ahora en período de recuperación cuando quizá estarían ya muertas o a punto de morir.

—Me parece que no es ninguna vejación, si no un orgullo y un honor.

—Por suerte, la sociedad en general lo está admitiendo así, aunque siempre hay personas que por convicciones o ideas religiosas todavía se resisten.

—¿Los espiritistas, por ejemplo?

—No quiero mencionar a nadie, pero está claro que los que creen en sus posibilidades de reencarnación más o menos rápida se resisten. Ya sabes que hay quien no admite siquiera una transfusión de sangre y se deben respetar las creencias y la voluntad de cada cual.

—¿Y si una persona se niega a que le extirpen sus órganos después de muerta, se le pueden sacar?

—En absoluto, tienes el ejemplo de la propia Magda.

—¿Ella no quiso?

—Se respetó su última voluntad de no tocar sus ojos en absoluto y créeme que los ojos son uno de los órganos más apreciados y que se trasplantan con muchísima más eficacia que los demás; pero, se respetó su voluntad, ya te lo he dicho.

—¿Y respecto a otros órganos?

—Míster Chandler dijo que ella estaba de acuerdo. Fue él quien no sólo lo autorizó si no que pidió nuestra intervención de inmediato.

—¿Cómo murió Magda?

—De una forma estúpida.

—A mí me contaron que había sido un accidente de automóvil.

—Y así fue.

—Yo he visto el coche y no tenía gran cosa.

—Puso marcha atrás, pisó a fondo el acelerador y pollo visto no se dio cuenta del poste de acero que había detrás. Se dio un fuerte golpe para el que no se había prevenido y su cabeza sufrió una brusca sacudida hacia atrás y adelante y se fracturó la vértebra atlas. Una muerte rápida, no sufrió en absoluto.

—¿Y la trajeron aquí?

—Sí, aquí hay dos médicos forenses para hacer autopsias. Lógicamente, se le hizo la autopsia y no se perdió tiempo, ya que desde el primer momento tuvimos la autorización de míster Chandler, al cual se avisó de inmediato.

—Todo está muy bien montado en el mundo de la muerte, ¿verdad?

—Sí. Antes, cuando no se hablaba de trasplantes, quizá esto no tenía importancia. Ahora, a un cadáver, sobre una ambulancia, se le puede extraer la sangre mediante una bomba de aspiración. Es un sistema muy utilizado en zonas de guerra donde hace falta mucha sangre porque las intervenciones quirúrgicas son rápidas y muy sangrientas.

—Todo esto de la sangre me asusta un poco —confesó Vie, estremeciéndose.

—No es fácil para muchos médicos acostumbrarse al tacto viscoso de la sangre, a su olor, y en heridas pequeñas no tiene importancia, pero cuando se abre a un ser humano de arriba abajo, dejando todas las vísceras al descubierto...

—¡No sigas, por favor! —casi suplicó la muchacha.

—Disculpa, creo que me he pasado. Aguarda aquí, dentro de un rato estoy contigo.

—Un momento, Roddy.

—¿Sí?

Ella desdobló la hoja que le entregara el pequeño y maligno Lenny y se la mostró.

—¿Te dice algo este dibujo?

—Parece un cuervo.

—Es un pájaro negro también, pero más grande.

—Ah, sí, el cuervo gigante del que me hablaste en el zoo.

—Bueno, si quieres seguir llamándole cuervo; pero no es un cuervo.

—Parece que se está comiendo un corazón.

—¿Un corazón?

—Sí, eso creo. ¿Y qué significa este dibujo?

—No lo sé, me lo ha entregado Lenny.

—Ya. El chico está obsesionado con este pajarraco y debajo ha puesto su nombre, me refiero al del niño.

—No, es el nombre del pájaro.

—El niño se llama Lenny, ¿no?

—Sí. Al pájaro le llama Leonard y asegura que es su padre.

—¿Te importa que me lo guarde?

—¿Piensas consultar con alguien?

—Sí, a un psiquiatra amigo mío. Cuando salgamos ya me contarás más cosas del niño y de su madre. ¿Te parece?

—Bueno —aceptó Vie, pensando que no debía traicionar las confidencias que le había hecho míster Chandler, aunque dudaba que pudiera mantener el secreto ante los doctores.

Después de todo, ellos podían ayudar al pequeño Lenny a aclarar sus desvaríos. Recordó la escena del zoo y se estremeció porque ella misma había visto a aquel enorme pájaro que hablaba.

Tendría que consultar a Roddy si la locura o los desvaríos se contagiaban, si ella también podía ver algo que el niño creía ver y que no existía.

Comprendió que su confusión aumentaba y prefirió sumergirse en algo que la distrajera.

Tomó una de las revistas, la que le pareció más ligera y digestiva, con gran cantidad de fotos que resultaban mucho más explicativas que un texto denso que, sin lugar a dudas, no iba a entender.

Toc, toc...

Alzó su mirada hacia la puerta a la que sin duda alguien había llamado desde el exterior.

—Puede pasar —dijo, sin darle importancia.

La puerta se abrió lentamente y ante ella apareció lo insospechado. Unos ojos grandes, oscuros y malignos se clavaron en Vie.

—Soy Leonard.

Vie quedó como paralizado ante la figura de aquel pájaro casi tan grande como un ser humano, de largo y robusto pico negro, plumas de un negro azulado y poderosas patas con gruesas uñas que formaban dos conjuntos de temibles garras.

Aquel pájaro tenía las alas plegadas sobre su cuerpo, pero podía desplegarlas de un instante a otro.

—¡¡¡Iiiaaaaa!!!

CAPITULO VII

«Estoy viva, estoy viva, estoy viva...», repetía Vie una y otra vez en medio de la angustia que la atenazaba y que le impedía hablar.

Se daba cuenta de que aunque gritaba desde lo más hondo de sus entrañas, la voz no salía por su boca entreabierta, crispada por el terror.

Todo aparecía como neblinoso y rojo; aquél era un recinto desconocido para ella mientras la empujaban adelante, a derecha e izquierda, pero siempre adelante, casi dando bandazos.

Comprendió que estaba sobre una camilla rodante que alguien empujaba por los corredores. Puertas se abrían y puertas se cerraban con chasquidos metálicos, unos ruidos que ensordecían.

«Estoy viva, estoy viva», repetía.

Entró en una amplia sala y fue colocada bajo un gran foco.

Varios hombres, con los rostros cubiertos, se acercaron a ella.

Tenía los ojos abiertos pero no podía moverlos, sólo veía lo que quedaba ante ella, ni siquiera, parpadeaba.

Una mano cogió la sábana que la cubría y estiró de ella. Una oleada de frialdad invadió todo su cuerpo.

—Era bonita —comentó uno de los hombres.

—Joven y bien formada, una lástima —opinó otro de los que ocultaban sus rostros tras las mascarillas.

Vie comprendió que había quedado totalmente desnuda bajo aquellas miradas que la escrutaban desde los cabellos a los dedos de los pies, nada podía ocultarles.

Sus pechos estaban a merced de sus ojos, de sus manos; también sus caderas, sus piernas, su vello justo y rizado.

«Estoy viva, estoy viva», seguía diciendo sin que nadie pareciera escucharla.

—Es escultural, qué pena —dijo otra de las voces.

—¿Empezamos por la cabeza o le abrimos el tronco? —preguntó uno de aquellos hombres que a Vie le parecían todos iguales.

—Podemos repartirnos el trabajo. Tú y tú —indicó el que parecía ser el jefe— la abriréis desde la garganta al bajó vientre. Hay que extraerle las vísceras. Procurad hacerlo bien, habrá que cerrarla de nuevo. ¿Comprendido?

—Sí —asintieron con la cabeza.

—Me ayudarás a escalpar.

—Qué pena, con un cabello tan lindo que tenía... —observo el hombre.

«Tenía, tenía, tenía...» El tiempo de pasado bombardeaba el cerebro de Vie mientras se preguntaba: «¿Por qué no dicen tiene, tiene, en lugar de tenía?»

—Sé que es un poco duro extraer el cerebro de una chica bonita que podía estar llena de vida, doctor Stillman, pero hay que hacerlo.

«¡Roddy, Roddy, estoy viva, Roddy, estoy viva!»

De pronto, en el mirador alto, sobre una de las barandas, descubrió a Leonard.

El horrible pájaro estaba allí como si se dispusiera a presenciar un espectáculo complaciente. Quizá estuviera esperando que los órganos femeninos quedaran a la vista, llenos de sangre caliente aún, para lanzarse sobre ellos y cogerlos con su horrible pico.

—¿Seguro que está muerta? —preguntó uno de los médicos, vestidos todos de verde e inmersos en una atmósfera rojiza, que le infundían terror.

—Sí, seguro que está muerta —sentenció el que parecía jefe del grupo médico de disección.

—Pues, parece viva. Es como si la piel estuviera caliente.

—Sí, eso pasa con los cadáveres recientes, pero puedes introducir el bisturí a fondo, sin reparos.

—¿Le abro yo el cráneo? —preguntó la voz de Roddy Stillman.

—Adelante, doctor Stillman. Debe usted olvidar lo que fue, ahora sólo es un cadáver al servicio de la ciencia.

Vie pudo ver los bisturís que se alzaban sobre ella centelleantes, reverberando la intensa luz del foco.

«¡Roddy, Roddy, estoy viva, estoy viva!»

Al ver que los bisturíes se hundían en su cuerpo para desviscerarla como a una res abierta en canal, se incorporó bruscamente, aterrorizada.

—Tranquila, tranquila, ya estás bien, ya estás bien.

Se dio cuenta de que se había abrazado a Roddy que la estrechaba dándole confianza y palmeándole ligeramente la espalda.

—¡Roddy, Roddy, estoy viva, estoy viva!

—Sí, mujer, ya lo veo —le dijo él, consolándola.

Vie se dio cuenta de que no estaba en ningún quirófano de disección; tampoco se hallaba desnuda ni rodeada de médicos dispuestos a descuartizarla con sus bisturíes mientras el gran pájaro negro llamado Leonard la contemplaba como esperando que el trabajo de vaciar su cuerpo de órganos concluyera.

—Estás emocionalmente agotada, Vie, y has sufrido un desmayo, posiblemente debido a un agotamiento psíquico. Lo sucedido en la villa de los Chandler te ha afectado más de lo que supones.

—¿Un desmayo?

—Sí.

Ella miró a su alrededor, reconociendo la salita donde Roddy le había pedido que aguardase.

—Tenía una pesadilla.

—Estaba el pájaro en ella, ¿verdad?

—Roddy, Roddy, lo he visto en esa puerta...

—Lo has visto en tu pesadilla.

—No, Roddy, lo he visto ahí, en el umbral de la puerta. Creo que al verle ha sido cuando me he aterrorizado tanto que he perdido el conocimiento.

—¿Habías tenido desmayos con anterioridad?

—¿Yo? —preguntó, sorprendida,

—Sí, claro.

—Pues no, no recuerdo haberme desmayado nunca, pero te juro que he visto a Leonard ahí.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

—No me crees, ¿verdad?

—¿Tú quieres que te crea?

—Me lo preguntas como si fuera una niña.

—Pienso que lo mejor es que demos un paseo e ir a algún lugar donde puedas divertirte un poco. Pasas demasiado tiempo en esa villa que parece no perder su aspecto funerario. Tienes que vivir, Magda ni siquiera era familia tuya.

—Tengo que cuidar de los niños.

—No son tus hijos.

—Lo sé, lo sé, pero me siento responsable de ellos y me he comprometido a cuidarlos.

—Conozco un local donde se come muy bien. Tengo la tarde libre; si te parece, luego podemos ir a un teatro o a un cine.

—¿Este plan recreativo me lo propone el médico o Roddy, el hombre joven y agradable que desea caer bien a una chica extranjera?

—Roddy.

La muchacha forzó una sonrisa y se levantó, encaminándose hacia la puerta. Salieron al corredor.

—¿Sabes qué sucedía en mi pesadilla, Roddy?

—No, pero si te ha de ayudar un consejo, mejor será que se la cuentes a un psicólogo que sepa interpretar los sueños.

—No pienso ir a ningún psiquiatra.

—Entonces, haz lo que creas conveniente; yo no voy a interrogarte.

—Roddy, ibas a diseccionarme.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿No has pensado nunca en cambiar de clínica?

—Pues, aquí aprendo mucho, pero ya me han propuesto pasar a formar parte del cuerpo' médico de una clínica de Florida.

—Es un lugar mejor, allí hay más sol y parece que el sol lo purifica todo, ¿no crees?

—Quizá algún día me decida a pasar a cirugía de urgencias, poseo una experiencia considerable y que se tiene en cuenta.

Mientras abandonaba el centro de investigaciones, Vie se dijo que no podría dormir junto a un hombre que cada día estuviera abriendo cadáveres por muy necesaria y honrosa que fuera su labor profesional. No, no podría soportarlo, máxime después de la pesadilla que había tenido.

CAPITULO VIII

—¿Cómo han ido los niños en la escuela?

Antes de llevar la cuchara a sus labios, Vie miró a míster Chandler. Buscó en sus ojos algo que no encontró y después contestó.

—¿Se lo ha preguntado a los niños?

—Pues no, no he tenido tiempo.

—No soy quién para dar consejos, pero me parece que debería dedicarles más tiempo.

—Vie, creo que se está usted pasando —intervino Caroline agriamente—. Que míster Chandler la necesite para atender a los niños no le da pie a...

—Por favor, Caroline, mademoiselle Vie tiene razón —cortó William Chandler—. Los niños necesitan más atención, creo que vivo demasiado para mí mismo. Cuando el curso escolar termine, me los llevaré de viaje.

—Será bueno que lo haga y tampoco estaría mal que cada noche les preguntara algo sobre lo que han hecho durante el día.

—Lo haré, palabra. —Se lijó más en ella—. ¿Sabe que está muy bonita esta noche? Bueno, siempre lo está, pero esta noche más.

Vie se llevó la cuchara a la boca y Caroline frunció el ceño, suspicaz. Comió un poco y no pudo evitar comentar:

—No sabía que ahora te gustaran las institutrices.

—No soy ninguna institutriz, aunque no me importaría serlo —replicó Vie sin dejarse comer el terreno por

Caroline que se sentía como la castellana de la gran villa.

—Tengo algo de jaqueca. ¿Me disculpan?— dijo Caroline levantándose de la mesa sin haber concluido los alimentos.

Ya a solas, míster Chandler comentó:

—Se ha molestado.

—No era mi intención.

—No es culpa suya. Está nerviosa, el tiempo se le hace eterno.

—No sé por qué; ella está bien aquí y creo que usted no le pide nada a cambio.

—Sí, le pido y me lo da.

—No he pedido sus confidencias, míster Chandler.

—Llámame Willy —dijo con mucha familiaridad. Hizo una pausa por si Vie quería decir algo, pero la joven francesa permaneció callada y prosiguió —: Está impaciente, quiere convertirse pronto en mi esposa y sentirse dueña de esta villa, de mis acciones. Siempre ha vivido aquí gracias a que Magda era mi esposa. Caroline tiene una pequeña pensión que le da cierta independencia económica, pero no todo lo que ella desea.

—No le he pedido que me cuente los problemas de Caroline.

—Me siento bien sincerándome contigo, Vie, me pareces una joven honesta y estoy harto de hipocresías. Siempre he vivido entre gente hipócrita.

—Magda fue sincera con usted.

—Sí, cuando ya era demasiado tarde. Fue sincera para herirme, no para amarme. Me equivoqué al casarme con ella.

—¿Hubiera preferido casarse con Caroline?

—Eso he llegado a pensar en alguna ocasión, pero...

—¿Ahora no?

—Después de la muerte de Magda he comenzado a pensar de forma distinta.

—¿Ya se lo ha dicho a Caroline?

—No, todavía no. Caroline ha sido y es una excelente amante —prosiguió cínicamente—. Me ha dado en la cama todo lo que un hombre puede esperar de una mujer.

—¿Y usted le ha dado a ella algo a cambio?

—Sí, creo que sí; sin embargo...

—No siga, por favor.

—Es que necesito continuar. Dirás que soy un cínico, pero lo cierto es que Caroline no sirve para ser madre o, por lo menos, para ser madre de Rose y de Lenny. No sabe tratar a los niños.

—Quizá si ella es algún día madre, cambie.

—Ya me ha dicho que no quiere serlo.

—Vivimos en un país libre, ¿no?

—Sí, pero resulta que yo tengo dos niños en casa y si me caso, mi mujer ha de saber tratarlos.

Cogió una bandeja en la que había dulces y con las pinzas, él mismo se encargó de servir dos pastelillos en un plato de postres para Vie, entregándoselo.

—No tengo más apetito.

—Por favor, los he traído para ti —le dijo, tuteándola con toda naturalidad.

Ella aceptó y comenzó a comer aquellos pastelillos traídos a la villa por el propio míster Chandler.

—Caroline podrá vivir aquí todo el tiempo que quiera hasta su vejez, pero me veré obligado a desilusionarla.

—Le preguntará si ha aparecido otra mujer en su vida.

—Sí, es posible.

—¿Y la hay?

—No estoy seguro. —Cogió un pastelillo y preguntó después—; ¿Cuántos años tienes, Vie?

—Veinte, ¿no se acuerda?

—Admito que al principio no te presté mucha atención.

—Imagino que estaba usted muy ocupado atendiendo a Caroline.

—Es verdad, pero el tiempo y las circunstancias cambian las cosas. He podido comprobar que eres una chica muy consecuente, una chica a la que le gustan los niños y a la vez culta y refinada, una mujer muy joven y, por si fuera poco, muy hermosa.

Vie, que había terminado el segundo pastelillo, replicó:
—Será mejor que deje de lijarse en mí, míster Chandler.
—¿No quieres llamarse Willy?
—Prefiero mantener, digamos, el protocolo.
—O tú eres una chica muy difícil o yo soy muy burdo.
—Ni lo uno ni lo otro, míster Chandler, sólo que usted busca la compensación por la desaparición de su esposa.
—Sí, la aborrecía... Para mí, su muerte es una tranquilidad.
—Que los niños no le oigan decir semejante cosa, míster Chandler; podrían llegar a pensar que tiene usted algo de culpa en la muerte de su madre.
Míster Chandler tomó una botella de scotch y vertió el licor en un vasito que la joven tenía delante.
—Bebe, por favor.
—Prefiero bebidas francesas.
—Esto es europeo y lo mejor que hay.
—Europa es algo más complejo que los Estados Unidos. Es posible que los escoceses piensen que su whisky es lo mejor que hay, pero nosotros creemos que el coñac le supera y los españoles opinarán que no hay nada como su dorado jerez.
—Los franceses piensan que los americanos somos muy zafios, ¿verdad?
—No, no pensamos tanto, sólo que opinamos que el dólar no lo es todo y creer que sí es estar equivocado.
—Bebe, aunque sólo sea para no desairarme.
Vie se encontró un poco atrapada. Tomó el vasito y bebió. No rechazaba el whisky, pero tampoco era su bebida preferida. El aroma de un buen brandy lo consideraba muy superior.
—Ya está.
—Así me gusta, que seas buena chica. Estoy seguro de que tú y yo terminaremos entendiéndonos. Mi posición social es fuerte, podrías viajar cada año a Europa y aunque el dólar no lo sea todo según tú, abre muchas puertas.
—No insista, míster Chandler. Entre usted y yo no hay nada y prefiero que las cosas sigan como están. No me obligue a tomar una decisión precipitada.
—¿Lo pensarás?
Vie comenzó a sentirse rara, como si todo su cuerpo ardiera. Las luces empezaron a lanzar destellos alargados y los colores fueron haciéndose más brillantes mientras se le secaba el paladar y la respiración se le hacía más y más profunda, como si necesitara más aire en lo más recóndito de sus pulmones ocultos tras los turgentes y bellísimos pechos.
Tuvo la impresión de que frente a sus ojos había una hoguera mientras vientre abajo, hacia los muslos, la recorrían unas oleadas de calor e intensos cosquilleos.
Notó entonces que míster Chandler ya no estaba en la silla, era como si se

hubiera abstraído durante un lapso de tiempo que ella ignoraba cuánto había durado.

Las manos de Chandler acariciaron sus cabellos filtrándose hasta el cuello y lo resiguieron con las yemas de los dedos. Notó un estremecimiento a lo largo de todo el espinazo, trató de incorporarse y el cuerpo no le obedeció.

—Por favor, míster Chandler.

—Tranquila, relájate. Esta noche vivirás experiencias que te harán mía y mañana pensarás de forma distinta y aceptarás cuanto te proponga. Os guste o no. las mujeres os sentís propiedad del hombre que os viola, es un sentimiento atávico.

—¡No, no! —protestó débilmente, percatándose de que carecía de fuerzas para la rebeldía.

Colocado detrás de la silla, míster Chandler le abrió el vestido empezando por el cuello hasta cerca de la cintura. Cogió el sujetador por la unión del centro y lo rompió con fuerza.

Los pechos saltaron hacia adelante buscando la libertad. Pezones erguidos, largos, fuertes de color, cargados de sensualidad y electricidad, podía decirse que chispeaban.

—Maravillosos —opinó el hombre con voz ronca, una voz que tenía también matices de asombro.

—Me ha drogado, me ha drogado...

—No pienses en eso.

Pese a que su cuerpo no la obedecía como ella deseaba, pese a que se hallaba excitada y no por amor si no por la droga que le hiciera tomar canallescamente míster Chandler, Vie consiguió zafarse de las manos del hombre y ponerse en pie.

Al retroceder, tumbó una silla y con la mano barrió parte del contenido de la mesa.

—Vas a despertar a todo el mundo.

—¡No se me acerque, no lo haga!

En la poca capacidad de raciocinio que le quedaba desde que la droga había comenzado a actuar dentro de su cerebro y en todo su cuerpo, especialmente en sus zonas erógenas, Vie comprendía que estaba peor que si estuviera atada de pies y manos a merced de aquel hombre sin escrúpulos, miembro del establishment americano.

Atada de pies y manos, podía ser violada y ultrajada, pero siempre podría escupirle a la cara su desprecio, mientras que bajo los efectos de la droga, ella misma, su cuerpo sin dominio, le daría satisfacciones a aquel criminal de aires a veces paternalistas y otras de hombre precisado de ayuda y cariño.

—Todo irá bien. ¿Eres virgen todavía? Si lo fueras, si lo fueras...

Vie corrió tambaleándose hacia la escalinata. Tenía la impresión de que todo danzaba a su alrededor, de que las risitas de satisfacción y triunfo de míster Chandler eran carcajadas satánicas.

Quería cubrir la desnudez de sus senos; sin embargo, éstos le ardían de tal

forma que se hubiera aplicado algo para tranquilizarlos, quizá agua, quizá caricias, quizá besos.

Tenía que enfrentarse con la escalera y cayó sobre los peldaños. Tambaleante, agitando sus caderas, balanceando sus senos, comenzó a subir mientras William Chandler la seguía riendo, como gozando de aquella huida sin solución, una huida que según el hombre terminaría en la cama.

Vie, sintiéndose más hembra que mujer, consiguió llegar a lo alto de la escalinata.

Las manos de Chandler la habían palmeado y acariciado haciéndola brincar en cada ocasión, haciéndola gemir de impotencia, de rabia y también de placer, porque no era dueña de sí misma a causa de la droga.

Ya en lo alto, míster Chandler, que también había tomado su parte de droga para borrar de su mente cualquier sentimiento de compasión, de vergüenza o de humanidad que pudiera quedarle, le dijo:

—Ahora te cogeré en brazos y...

—¡Canalla, traidor! Esto es lo que querías, ¿no?

—¡Caroline!

—¡Eres un cerdo! —le escupió la hermana de la muerta, apareciendo en el corredor.

—¡Cállate y vete a dormir, a ti ya te he dado lo tuyo!

—¡Canalla, déjala, déjala, eres mío, te has de casar conmigo, conmigo!

—¿Contigo? Si eres una furcia... Me casaré con ella, vale más que tú.

—¡No!

Como una fiera, Caroline se lanzó sobre míster Chandler. Vie, sin fuerzas, se alejó gateando.

Mientras Caroline trataba de arañarle los ojos a míster Chandler y éste se defendía, Vie se alejó medio a gatas, medio tambaleándose, hasta que llegó a la puerta que conducía al desván y al estudio. No dudó en traspasarla para escapar.

Si míster Chandler se desembarazaba pronto de Caroline, correría tras ella para atraparla y llevársela a su habitación y allí, sin que nadie pudiera impedirlo, gozarla con sadismo y sin límites.

Apoyándose en las paredes, con riesgo de caer hacia atrás, llegó a lo alto.

Tanteando, se enfrentó con una de las puertas, cogió la manecilla y la sacudió con fuerza. La puerta no cedió.

Gimió, sollozando. Sus pechos se agitaban, su cuerpo se estremecía, no veía nada y deseaba llorar y gritar, escapar y dormir.

Luchaba también contra sí misma, contra sus sentidos desatados que le exigían un sexo animal contra el que ella, con lo que le quedaba de raciocinio, luchaba por combatir.

Por el pequeño corredor llegó hasta la otra puerta, una puerta que no veía, una puerta que palpó con sus manos. Buscó y encontró el pomo que giró torpemente, abriéndola.

Pasó al otro lado de la puerta y cerró cuando escuchó un grito largo, un

grito de terror. Después unos golpes sordos y de nuevo el silencio.

No pudo más. Se le doblaron las rodillas y se dejó caer sobre la alfombra que se encontraba en el amplio estudio.

Trató de mirar en derredor, sólo había la luz que entraba por el ventanal de cristal que daba al tejado que miraba al mar. Era una noche que, pese a estar el cielo encapotado, la claridad lunar se hacía notar

En las paredes pudo ver las figuras simbólicas que no entendía, unas figuras fosforescentes.

Casi encogida sobre sí misma, como si todo le doliera al sollozar, avergonzada por la situación en que se hallaba, escuchó unos ruidos. Eran pasos y pensó que podían ser las palpitaciones de su corazón que violentamente amenazaba con escapar de entre sus dos hermosos senos. Pero no, los latidos sonaban de distinta forma.

Alguien se aproximaba a la puerta del estudio, alguien que se detuvo... Los instantes se le convirtieron en segundos, los segundos en minutos, los minutos en horas. Temía que, de un momento a otro, se abriera la puerta y apareciera míster Chandler.

¿Qué podría hacer ella por defenderse? Nada, y era consciente de ello. ¿Recordaría mucho tiempo aquella noche de ultraje? Estaba segura de que sí.

Se pudo oír un ruido leve, un ruido metálico. Después, otra vez los pasos, ahora alejándose.

Sollozó de felicidad al comprobar que la puerta no se había abierto porque si así hubiera sido ella habría quedado atrapada como en una ratonera, sin escapatoria posible.

Dejó transcurrir unos minutos. En el estudio debía hacer frío; sin embargo, ella sentía calor, un calor intenso que empapaba ligeramente su piel haciéndola más brillante.

Se levantó y se acercó a la puerta para abandonar el estudio y regresar a su cuarto donde debía estar durmiendo la pequeña Rose que se negaba a dormir sola en su propia alcoba.

Vie supuso que a míster Chandler debía habérsele pasado ya su arrebato, su pasión, su lujurioso deseo de poseerla, aunque no parecía nada espontáneo cuando había preparado con antelación los pastelillos en la cena.

¿Caroline habría sido suya de igual forma la primera vez? ¿Y si hubiera sido Caroline y no ella quien tomara los pastelillos? Quizá, en sus ansias libidinosas, Chandler pensara poseerlas a las dos.

Llegó hasta la puerta, agarró el pomo con su diestra y trató de hacerlo girar. No pudo. Pensó que había perdido fuerzas a causa del estado en que se hallaba y empleó las dos manos para conseguir su propósito.

Con las dos manos tampoco logró abrir la puerta. Aumentó su energía y comenzó a sentir terror, un terror psíquico.

Por su mente pasó la imagen de aquel horrible pájaro infernal llamado Leonard. Sacudió la puerta y cuando iba a golpearla con sus puños para que la abrieran, pensó en míster Chandler. ¿Quién le abriría, el propio Chandler? Si

eso ocurría, estaba perdida.

Renunció a pedir auxilio y retrocedió, cayendo de nuevo sobre la alfombra.

—Dios mío, Dios mío, ayúdame, ayúdame.

En torno suyo, dentro del propio estudio, se originó una especie de vendaval, un tornado frío cuyo centro era Vie.

Se sintió sacudida, como absorbida. Se agarró a la alfombra y, de pronto, los ventanales semejaron estallar, abriéndose violentamente, mientras un viento gélido escapaba hacia el exterior como si se hubiera formado allí, alrededor de la joven que permanecía encogida sobre sí misma, gimiendo aterrorizada, con los ojos más que cerrados, apretados para no ver nada, absolutamente nada.

CAPITULO IX

Cuando abrió los ojos, era de día.

Los dientes le castañeteaban, se sentía aterida. La luz triste de un día de invierno penetraba por el ventanal.

Afuera lloviznaba ligeramente, sin fuerza, quizá era aguanieve. Caían unas gotas dentro del estudio, el suelo estaba mojado en parte y las ventanas, abiertas.

Miró en derredor como buscando algo que pudiera atemorizarla. No encontró nada especial, nada que pudiera causarle miedo. Se incorporó y las rodillas le dolieron.

Tenía los pies entumecidos por el frío, lo mismo que sus manos y sus senos descubiertos. Se miró a sí misma y torpemente se cubrió los pechos con el sujetador roto. Se abrochó el vestido sin dejar de tiritar.

No había soñado nada, absolutamente nada, o por lo menos, nada recordaba. Lo que sí sabía era que ya se había liberado de los efectos de la droga.

Se acercó a los ventanales y los cerró; notó la gelidez del aguanieve sobre su rostro, sobre sus manos. Se volvió hacia la puerta, no le quedaba más remedio que llamar a golpes para que le abrieran.

Sin embargo, antes de empezar a llamar, asió el pomo, lo giró y éste cedió, abriéndose la puerta. Quedó sorprendida, no entendía nada.

Abandonó el estudio y descendió por la escalera hasta el corredor-galería sin ver a nadie. Llegó a su habitación y no vio a Rose. Tocó la cama y notó la calidez que había dejado allí el cuerpo de la niña.

Se enfrentó con la puerta y la cerró, aislándose. Se desvistió y sin dejar de tiritar, pasó al cuarto de baño anexo al dormitorio. Se metió bajo la ducha de agua caliente hasta que su cuerpo reaccionó. Después, con la toalla grande, se secó con fuerza.

Se sentía mucho mejor y con hambre, todos los efectos de la maligna droga que tomara inocentemente habían desaparecido. Se calzó unas braguitas pequeñas y azules y luego unos pantalones que la ayudaron a combatir el frío. Se cubrió el cuerpo con un jersey y abandonó el cuarto, bajando al salón.

Allí estaba todo limpio. Pasó a la cocina y encontró a los dos niños vestidos y desayunando, dispuestos para dirigirse a la escuela.

Mistress Bárbara, la cocinera, que al igual que los demás sirvientes de la casa no dormía en ella y que cuando llegaba a la villa por la mañana abría con su propia llave, comenzando su horario laboral, les había preparado el desayuno.

—Buenos días, mademoiselle —la saludó mistress Bárbara.

—Bonjour.

—Bonjour —la saludaron los niños.

Vie se sintió observada escrutadoramente por los pequeños.

—¿Llegaremos tarde? —preguntó Rose.

Vie miró su reloj de muñeca tras pulsar el botoncito y ver aparecer los números en los cristales líquidos.

—No, no llegaremos tarde.

—¿Tiene buen apetito esta mañana, mademoiselle?

—Pues sí, mistress Bárbara, tengo apetito. Es como si me faltaran fuerzas, necesito comer.

—Hace usted un poco de mala cara, mademoiselle.

—Será que he dormido mal.

—Cuídese, mademoiselle, aquí los inviernos son malos. La humedad es muy fuerte y vienen los resfriados, las pulmonías, las gripes.

—En París también hace frío y hay mucha humedad. No tenemos el Atlántico al otro lado de la terraza, pero sí tenemos el Sena y sus canales.

Mistress Bárbara preparó un desayuno fuerte a Vie que lo consumió con rapidez. Rose y Lenny la observaron comer y después, sin coger más ropa y utilizando paraguas, llegaron hasta el coche pequeño a cuyo volante se colocó Vie. Puso en marcha el motor y conectó el limpiaparabrisas que comenzó a zumbar, quitando del cristal el aguanieve.

—¿Has visto a papá? —le preguntó Rose.

—No.

—Mistress Bárbara ha dicho que se había marchado muy temprano.

—Así será —respondió Vie, evasiva, poniendo marcha atrás para luego enfilar hacia la salida del recinto.

—¿Se ha ido de viaje?

—No creo.

—Tía Caroline tampoco está en casa.

—Cállate de una vez —le pidió Lenny.

Los dos niños se sacaron la lengua mutuamente. Vie puso el automóvil en el asfalto de la carretera y rodó per ella en busca del Mayflower College.

Vie no tenía deseos de charla. Recordó parte de lo ocurrido la noche anterior, había sido una cena muy desagradable y se reafirmó en su decisión de abandonar la villa.

Lo sentía por la pequeña Rose, era ya la única persona que le inspiraba simpatía. Rose era la niña inocente, quizá terminaría siendo la víctima en un contubernio de sucias pasiones.

Un camión tocó el claxon ruidosamente. Vie, pensando, se había salido en exceso de su carril circulatorio. Volvió a controlar bien el auto y sacudió la cabeza para alejar sus pensamientos y fijarse mejor en la conducción.

Llegó al colegio. Varios coches y también autocares amarillos arribaban en aquellos momentos.

—Os voy a acompañar —dijo a los niños.

—No hace falta, llegaremos a la marquesina corriendo —dijo Lenny.

—Sí, sí, llegaremos corriendo.

Ambos saltaron al suelo. Vie tenía el cristal de la ventanilla bajado y era

cierto que hacía frío. Casi no llovía, aunque todo estaba mojado.

Lenny retrocedió hasta la ventanilla y le preguntó:

—¿Has visto a Leonard?

Vie se quedó sorprendida y asustada ante aquella pregunta. Lenny, que en realidad no esperaba ninguna respuesta, echó a correr, alejándose de ella.

—Niño endemoniado... ¿Qué es lo que pretendes? —se preguntó Vie casi en voz alta, sin salir del coche, mientras Rose la saludaba a distancia con la mano y Lenny se confundía con los otros niños.

Abandonó el colegio. Los autobuses amarillos se habían vaciado y algunas madres, en sus propios coches, buscaban ya la salida de acceso a la amplia calle.

Tenía la mañana libre y no deseaba en absoluto encontrarse con míster Chandler. Si lo veía, tendría que escupirle a la cara por lo que había intentado hacer.

Redó unos minutos por la ciudad y se detuvo frente a una cabina telefónica. Dejó el coche y pasó al interior de la cabina para llamar al Investigation Medical Center.

—Deseo hablar con el doctor Stillman.

—Un momento —respondió la telefonista. Después de consultar, dijo—: El doctor Stillman no está,

—¿Sabe cuándo, llegará?

—No creo que tarde, vuelva a llamar dentro de una hora.

—Gracias. —Y colgó.

Quedó algo decepcionada al no encontrar a un amigo que en aquellos momentos necesitaba. Se hallaba en una tierra extranjera y la sensación de soledad era más grande.

Volvió a subir al automóvil y rodando despacio para hacer tiempo, fue hacia la clínica. Por el camino se detuvo en una gasolinera para llenar el tanque y puso un níquel en la máquina de venta de periódicos.

Antes de volver a poner el coche en marcha, leyó los titulares. No es que le interesara demasiado, pero deseaba hacer tiempo. Uno de los pequeños titulares de sucesos le llamó la atención.

«MUJER CARBONIZADA A BORDO DE UN COCHE ROBADO.»

Pasó páginas, interesándose por el suceso. No sabía por qué le llamaba la atención, pero deseaba saber lo que había ocurrido.

La noticia venía a decir que un automóvil robado había ardido hasta consumirse totalmente al sur de la ciudad, en un lugar muy conocido por la afluencia de automóviles donde se solía hacer el amor libremente entre estudiantes y no estudiantes, pero esencialmente jóvenes que aprovechaban la oscuridad del lugar para aparcar y comenzar escarceos amorosos que solían terminar en culminaciones totales.

La policía sospechaba que había sido un asesinato. La mujer del coche

estaba desnuda, no llevaba ni zapatos y eso, en una noche fría, no era normal. El coche era robado y su propietario nada sabía de lo ocurrido.

La mujer que había quedado carbonizada estaba sin identificar, por lo que se rogaba a los ciudadanos que si sabían algo de lo sucedido o tenían noticia de la desaparición de una mujer, que lo notificaran a la policía.

El periodista que trataba el tema en profundidad opinaba que la mujer podía ser muy bien de otra ciudad e incluso de distinto Estado.

Aquella noticia impresionó a Vie. Sin saber por qué, quizá por intuición, pensó en Caroline.

—No, no puede ser, estoy loca. Es absurdo pensar eso.

Se dijo que estaba soltando en exceso su fantasía. Todo había comenzado con la inesperada muerte de Magda y era como una pesadilla interminable de la que quería salir y buscaba quien la ayudara a ello.

Se detuvo en el aparcamiento de la clínica en que trabajaba Roddy Stillman y aguardó. Cada vez que entraba o salía un automóvil, lo escrutaba. Después, volvía a la lectura del periódico.

Releyó varias veces la noticia de la mujer carbonizada dentro de un coche robado. No era nada raro, desgraciadamente, que en la noche de la ciudad americana muriera una mujer y menos en los parques de los suburbios. Vie imaginó al asesino empapando el cuerpo de su víctima con gasolina antes de prenderle fuego. Debía querer asegurarse de que el cadáver no fuera reconocido.

En aquellos momentos entró un automóvil y al volante reconoció a Roddy. Tocó el claxon para llamarle la atención. Roddy, al verla maniobró hasta colocarse junto al coche de la joven. Ambos bajaron sus respectivas ventanillas.

—¿Hace mucho que esperas?

—No importa, ¿Cuándo estarás libre?

—¿Quieres ir a alguna parte?

—Deseo hablar contigo.

—Aguarda un poco, dentro de diez minutos volveré a salir.

—De acuerdo, tengo un periódico para pasar el tiempo.

—Hasta ahora.

Roddy Stillman parecía muy preocupado. Entró en la clínica y regresó antes de los diez minutos. Abrió la portezuela y se acomodó en el auto que llevaba Vie.

—Ya estoy aquí.

—Si te causo problemas... —le dijo la muchacha, con su agradable acento francés.

—En absoluto. Tengo problemas y graves, pero también necesito dar una vuelta.

—¿Qué tipo de problemas?

—Son relacionados con Magda Chandler.

—¿Magda?

—Sí. Debería guardar el secreto, pero como la policía no ha intervenido y confío en que tú no dirás nada...

—Puedes confiar en mí. ¿Qué ha pasado?

—Algo muy raro.

—Si no me lo cuentas...

—¿Sabes que extirpamos varios órganos de Magda con destino a trasplantes?

—Sí, ya me lo dijiste.

—Tres de los receptores, en distintas clínicas, han muerto.

—Lo siento. —Hizo una breve pausa y buscando los ojos de Stillman, preguntó—: ¿El rechazo ha sido muy fuerte?

—No, no se trata del rechazo como sería lógico temer. Han sido muertes muy violentas.

—¿Quieres decir asesinatos?

—Creo que un juez lo calificaría de esta forma; pero, si ahora se hablara de este asunto, varias clínicas se verían involucradas. Estamos pasando una situación muy difícil. El trasplante de órganos es bueno cuando se hace con honestidad científica y humanitaria y sin pensar en el lucro. Con las vísceras extirpadas a Magda hemos tenido en cuenta todo esto, mas, por lo visto, hay un ser negativo, sin duda un psicópata, que no está contento con lo sucedido. Al parecer, el secreto que se guarda respecto a quienes son los receptores, ha sido descubierto por el loco que los abre como una fiera y les extrae el órgano trasplantado.

—¿Y seguro que esos órganos arrancados a los pacientes receptores eran los de Magda?

—Sí, yo he sido el encargado de comprobarlo. En realidad, ni siquiera se sabe en las distintas clínicas. Aquí llevamos el fichero control. Todos tememos que se trate de un loco. Creo que algunos directores de clínica, si no todos, avisarán a la policía de un momento a otro y como es lógico, irán a hacer preguntas a míster Chandler.

—Míster Chandler es un canalla.

—¿Por qué?

—No sé si volveré a esa villa. Estimo mucho a Rose, pero le he cogido manía a Lenny; sólo por la niña volvería.

—¿Qué ha pasado?

Vie vaciló antes de sincerarse.

—Me drogó con unos dulces ayer en la casa.

—¿Has hecho la denuncia a la policía?

—No, porque no consiguió sus propósitos. Pude encerrarme en el estudio, él se quedó peleándose con su cuñada Caroline.

—¿Peleándose?

—Sí, son amantes, ya lo eran antes de la muerte de Magda. Caroline quiere casarse con míster Chandler y al ver que él quería llevarme a su cama, se enfureció y tuvieron una pelea que yo aproveché para escapar. Fue horrible,

horrible.

—No tienes por qué regresar a esa casa, ya me encargaré yo de hablarle a míster Chandler.

—¿Y si lo niega?

—Le partiré la boca.

—Por favor, Roddy, tranquilízate. La verdad es que he venido a buscarte porque no conozco a nadie aquí y me siento muy sola. Ahora estoy mejor y te pido que no intervengas, por favor.

—Ese canalla puede volver a intentarlo.

—No caeré de nuevo en la misma trampa como una niña ingenua. La verdad es que no sospeché que pudieran drogarme en una cena familiar de esa clase. Y ahora, tú me dices que hay un loco suelto que arrebata los órganos que se donaron del cadáver de Magda.

—Sí, y ese loco podría ser míster Chandler. Te aseguro que el psicópata que abre cuerpos en canal con garras, es muy peligroso. Deja las habitaciones como si fueran una carnicería.

—Míster Chandler es un canalla lascivo, pero no creo que sea el loco del que tú hablas.

—La verdad, a mí también me parece increíble. He visto los cadáveres y el atacante es una fiera o un ser sobrenatural. Lo que menos puede decirse es que sea humano. Si no fuera porque las clínicas que realizan trasplantes han de tener mucho cuidado con los sucesos para no provocar un miedo contagioso entre pacientes y familiares de donantes, la policía ya habría hecho acto de presencia. Todo esto son crímenes, lisa y llanamente crímenes.

—¿Y esto?

Vie le señaló la noticia aparecida en el periódico. Roddy la leyó con rapidez y luego miró a la joven, interrogante.

—¿Conocías a la víctima?

—No lo sé.

—Pero, ¿tiene algo que ver con este suceso?

—No lo sé.

—Estás muy misteriosa. Si sabes algo, debes comunicárselo a la policía. Siendo extranjera, tendrías más problemas aún.

—Cuando sepa algo, lo diré; sólo son presentimientos, corazonadas femeninas, nada más.

—Pues, hablando de corazonadas e intuiciones, tengo algo que enseñarte.

—¿El qué?

—Ya lo verás.

Antes de que llegara la hora del almuerzo, Roddy y Vie entraron en la biblioteca pública de la city. La joven ignoraba qué iban a buscar allí.

—Ven por aquí.

Roddy Stillman pidió el segundo volumen del Diccionario Infernal ilustrado con grabados de todas las épocas y reproducciones de pinturas halladas en los lugares más dispares y que se referían al contenido del propio

diccionario, escrito por Collin de Plancy en el siglo diecinueve.

—¿Es importante este libro? —inquirió Vie.

—Bueno, a los que se interesan por la demonología y el satanismo les parece un libro fundamental. Hay ediciones normales, me refiero a sin ilustraciones o con pocas, pero, por lo visto, se imprimió una edición ilustrada numerada, pocos ejemplares y, por supuesto, su valor es entonces muy elevado. Cualquiera puede adquirir la edición normal del Diccionario Infernal de Collin de Plancy, pero esta ilustrada es especial.

—¿Te interesa a ti la demonología?

—No, pero yo tenía aquel dibujo que me diste en la mano y Sue, una de las enfermeras de la clínica, lo vio y me dijo que lo conocía.

—¿Ella?

—Sí, me dijo donde podría ver a Leonard.

Abrió el volumen, pasó las hojas y se detuvo cuando Vie ahogó un grito de sorpresa y también de miedo.

—¡Es Leonard!

El dibujo a plumilla era muy perfecto. En el grabado podía verse al gran pájaro negro sobre una gruesa rama representándolo en una noche de plenilunio mientras bajo él, tendida en el suelo, había una mujer desnuda. Bajo la ilustración, el nombre estaba bien claro: «LEONARD».

Roddy desdobló el papel que Lenny entregara a Vie y ésta al joven médico.

—Este dibujo de Lenny es más tosco, pero son iguales. ¿Cree que ha podido venir a esta biblioteca y verlo? —preguntó Roddy.

—No, no creo, pero puede haberlo visto en otro lugar.

—En esta ciudad sólo existe este libro y muchas ciudades no lo tienen. Es muy raro conseguir ejemplares de esta edición ilustrada del Diccionario Infernal.

—¿Crees que puede ser un diablo?

—Aquí lo dice. «Leonardo, diablo de la primera jerarquía, gran director de la junta de brujos, jefe de los demonios subalternos e inspector general de la magia negra y los hechiceros. A veces se parece a un gran pájaro negro...»

—Es increíble —musitó Vie, profundamente impresionada.

—Yo no creo en los demonios pero sí en los satanistas. En algunas charlas médicas psiquiátricas se ha comentado lo que son capaces de hacer en sus rituales.

—¿Y de verdad los satanistas creen en lo que hacen?

—Me temo que, si no todos, un buen número de ellos, sí. Luego, en las ceremonias o misas negras, arrastran a los demás por contagio o con la ayuda de drogas. Es largo de contar, pero sí se pueden considerar como peligrosos a los satanistas porque en sus rituales enaltecen el vicio y sólo desean conseguir el mal. ¿Crees que en todo esto puede existir algún posible adorador o adoradora de ese demonio llamado Leonard?

—¿Por qué lo preguntas?

—Podría ser la razón de las extirpaciones de órganos en los pacientes receptores de trasplantes.

—¿Piensas que alguien que se creyera brujo o bruja pudiera ser el autor de estos crímenes tan repugnantes?

—Sí. ¿Crees que míster Chandler sería capaz de ello?

—No, él no; pero...

—¿Quién?

—Lenny me dijo quién era la bruja.

—¿El chico se refirió a alguien?

—A su madre, a Magda.

—Imposible, es la muerta.

—Todo parece tan horrible... Yo he visto a ese pajarraco dos veces y creo que me ha seguido más. ¿Piensas que ese maldito demonio llamado Leonard está ayudando a Magda?

—¿Cómo?

—Recuperando lo que le quitasteis al cuerpo de la bruja en vuestra clínica.

—¡Es horriblemente fantástico lo que dices, Vie!

—¿Y si fuera cierto?

CAPITULO X

Cuando míster Chandler entró en su casa, anochecía.

Nevaba tan suavemente que la nieve hallaba dificultades en cuajar, pero si continuaba nevando, era seguro que amanecería un nuevo día blanco.

A los niños les gustaría ver la nevada, pero no tanto a los cientos de millares de ciudadanos que utilizaban más las ruedas de sus respectivos automóviles que las piernas para desplazarse de un lugar a otro.

—¡Papá, papá!

—¡Rose!

La niña corrió al encuentro de su padre, agarrándole las piernas mientras exclamaba:

—¡Vie se quiere marchar, papá! ¡Tengo miedo, tengo miedo!

Lenny estaba sentado en una butaca y Vie descendía por la escalera en aquellos momentos, cargada con dos maletas de cuero claro.

—¿Qué significa esto, mademoiselle?

Vie le lanzó una mirada que más parecía un latigazo.

—Me voy.

—¿Así, de súbito?

—Iba a dejarle una nota, pero ya que nos vemos...

—No puede marcharse así, mademoiselle; los niños...

—No me diga que los niños me necesitan. Búsqueles una cuidadora, usted puede pagarla.

—¡Eres mala, Vie, eres mala! —le gritó la niña.

—Rose, si le dices eso no querrá quedarse —la reconvino míster Chandler.

Rose se puso a gimotear. De cuando en cuando, lanzaba miradas suplicantes a Vie que seguía en su línea dura.

—¡Que se marche, que se marche! —comenzó casi a cantar Lenny, riéndose en tono bajo.

—¡Cállate! —Le ordenó su padre—. Ahora, id a vuestros cuartos, tengo que hablar con mademoiselle.

—No, no hace falta que los mande a sus habitaciones, míster Chandler. Ya está todo hablado y me voy ahora mismo.

—¿Adónde, si puede saberse?

—Mi vida particular no es de su incumbencia.

—Está usted muy hiriente, mademoiselle.

—¿Cómo quiere que esté?

—Si es por lo que ocurrió anoche, sólo puedo hacer que pedirle disculpas. Admito que estuve muy torpe.

—Estuvo usted... —hizo una pausa como si estuviera conteniendo el dardo de un afilado insulto—. Estuvo usted como lo que realmente es. A muchos hombres, para verlos como realmente son, basta con quitarles las inhibiciones con alcohol o cualquier otra droga.

—¿Tan grave es que me haya fijado en usted, deseando dar una madre a mis hijos que se han quedado sin ella?

—Sin duda alguna habría rechazado su oferta, míster Chandler, pero al proponerme sus deseos pudo hacerlo de forma digamos más caballerosa.

—Está bien —resopló—. Estuve torpe, estúpido, lo que quiera; me arrepiento de lo que hice, pero quédese.

—Dígaselo a Caroline.

—¿Caroline?

—Sí, ella se entiende con usted mucho mejor que yo. Y no me haga decir más cosas delante de los niños.

—Caroline se ha ido.

—¿De veras que se ha ido?

—Sí. Le confesé lo que sentía por usted y lo entendió.

—No estaba tan mal como para no darme cuenta de lo que ocurrió y creo recordar que a Caroline no le gustó ni chispa su actitud.

—Caroline ha estado recibiendo muchas atenciones mías y debió ser más comprensiva, pero ya no importa, ya está lejos.

—¿Lejos?

—Sí, se ha ido —vaciló ligeramente antes de añadir— a Connecticut, tiene allí una prima o una amiga, no lo sé exactamente.

—¡No es verdad, no es verdad! —comenzó a cantar el pequeño Lenny.

Míster Chandler le miró colérico. Apretó los puños y Vie, dándose cuenta de ello, silabeó:

—Si el niño dice que no es verdad, es que sabe algo.

—El niño no sabe nada.

—¡Lo sé todo, lo sé todo!

—Vamos, márchate a la cama si no quieres que te despelleje las posaderas con el cinturón.

—¡ La tiró por la escalera, yo lo vi, la tiró por las escaleras y la mató!

—¿Qué dices, hijo de perra? — rugió el hombre, avanzando amenazador hacia Lenny.

—¿Qué va a hacer, matar al niño también? —chilló Vie.

—¡Yo no he matado a nadie, Caroline se fue!

—¿Adónde?

—Ya lo he dicho, a Connecticut.

—¿No sería al interior de un coche previamente robado y luego incendiado?

Rose aumentó sus convulsivos sollozos. Se sentía perdida en medio de la violenta discusión.

—¿Qué ha dicho?

—¿No fue usted quien metió a Caroline en un coche y luego lo incendió? Lo trae el periódico, míster Chandler.

—¿La vas a matar a ella también? —preguntó Lenny con actitud divertida; no parecía tener ningún miedo a míster Chandler ni a su actitud agresiva.

—¿Es que queréis volverme loco?

—Es mejor que se entregue a la justicia y explique lo que hizo, su pena será menor.

—¡Yo no tengo que confesar nada, nada!

—Quizá también sepa algo de las extirpaciones de órganos a pacientes receptores.

—¿Qué dice, de qué me habla ahora?

—¿No lo sabe, míster Chandler?

—¿Qué he de saber?

—La policía se lo preguntará cuando sepa lo que le sucedió a Caroline. Sólo puede entenderse lo ocurrido pensando que tiene usted la mente enferma. Si llama a la policía y se entrega, me quedaré a cuidar de los niños.

—¿Es usted estúpida o quiere parecerlo, cree que me voy a entregar?

Vie se dio cuenta de que su sangre fría, su aplomo, no intimidaban a míster Chandler y retrocedió hasta una mesita donde se hallaba el teléfono.

—¿Se ha propuesto que me encierren en un manicomio?

—No; sólo pretendo que se cure, que se cure. Yo...

Chandler llegó junto a ella y le arrebató el teléfono de la mano. Después arrancó el cordón.

—Nadie oirá sus palabras, mademoiselle, es una pena.

—¿La vas a matar, las vas a matar? —interrogó el niño.

Rose gritó:

—¡No la mates, papá, no la mates, yo la quiero!

—¡ Callaos, callaos de una condenada vez! —gritó Chandler ya fuera de sí frente a Vie.

—Si me sucede algo, también tendrá que matar a los niños.

—¿A los niños?

—Ellos contarán lo que ya han oído y lo que puedan ver.

—No contarán nada, nada, son mis hijos. Me los llevaré de viaje, eso es todo.

Vie intentó escapar tras comprender que míster Chandler era capaz de todo al verse descubierto. El la alcanzó por los cabellos y estiró, con tal fuerza, que la obligó a arrodillarse y a llenar sus ojos de lágrimas.

—¡Me has obligado a cerrarte la boca!

—¡¡No!!

—¡Grita, grita cuanto quieras, nadie te va a oír! Estas villas son demasiado grandes y junto a las rompientes de las olas nadie puede oír nada.

Asustada, Vie chilló con fuerza, como si con su grito pudiera liberarse de míster Chandler al que consideraba un loco homicida.

El alarido se introdujo como un cuchillo hasta en los últimos resquicios de la villa.

Los dos niños contemplaban la escena con muy distinta actitud; Lenny reía y Rose lloraba sin saber qué hacer. Estaba tan asustada que no podía ni moverse.

—Has sido una estúpida, Vie, una estúpida. Pudiéndolo tener todo, lo vas a perder todo, absolutamente todo. Sí, yo maté a Caroline, pero fue sin mala intención. No podía decirlo, no podía, se habría deteriorado mi imagen social, mi imagen en el mundo de los negocios. Se habrían sabido mis relaciones con ella y luego, tú, tú también... Debía hacerla desaparecer. Robé un coche, la llevé a un parque solitario, la regué con gasolina y le prendí fuego. No descubrirán jamás quién es porque se ¡o quité todo y me ocupé de mojarle bien las manos para que jamás puedan encontrarse sus huellas.

—¡Se descubrirá, se descubrirá!

Vie recibió un nuevo tirón de pelos que torció su cabeza hacia atrás.

—¿Quién lo va a descubrir, quién? Tú no podrás hablar, no podrás. Eres la culpable de todo, tú me has convertido en un asesino, tú.

—Lenny, Lenny...

Callaron bruscamente, sorprendidos por aquella llamada inesperada. Era una voz de mujer cavernosa y profunda, una voz que lo llenaba todo. Míster Chandler alzó la cabeza y miró en derredor.

—Lenny, Lenny...

—¡Es mamá, es mamá! —gritó el niño, poniéndose en pie de un salto.

—Idiota, tu madre ha muerto.

—¡Ha vuelto, ha vuelto, ella dijo que volvería!

Lenny corrió hacia la escalera.

—¡Espera! ¿Adónde vas? —Rugió Chandler—. ¡Tu madre ha muerto!

El niño desaparecía ya hacia lo alto. La puerta que daba acceso a la angosta escalera que conducía al desván y al estudio estaba abierta y la voz cavernosa semejaba salir de allí.

—Lenny, hijo, ven conmigo...

—¡Maldito crío! ¿Qué truco es éste?

Furioso, míster Chandler torturó a Vie dándole tirones de los cabellos al arrastrarla hacia el teléfono. Allí, cogió el cable y lo utilizó para maniatarla sujetándole las manos a la espalda. También le ató los tobillos.

Después, corrió hacia las escaleras que conducían al estudio. Una débil luz se hallaba encendida en lo alto.

—¡Lenny, Lenny!

—Aquí estoy, papá, aquí estoy —respondió la voz del niño como quien juega al escondite y ríe por la sorpresa que está seguro va a causar.

—¡Te voy a azotar hasta que se me rompa la mano, hijo de Satanás!

Chandler se precipitó hacia el estudio. De inmediato, se sintió sumergido en una frialdad molesta, una frialdad que atenazaba.

—Hola, Willy.

En medio de la estancia estaba su fallecida esposa; toda ella era un halo blanco amarillento que fosforescía.

Vestía la túnica llena de pliegues con que la habían sepultado, pero estaba allí en pie, mirándole intensamente.

—¡Magda! —exclamó con voz ahogada.

—Te dije que volvería, Willy, y tú me odiabas tanto que entregaste partes de mi cuerpo —dijo con su voz cavernosa.

—¡No, no puede ser, no puede ser! —Chandler se frotó los ojos.

—Sí, Willy, soy yo que he vuelto, soy yo, y me vengaré de ti.

—No, no es posible... Vie tiene razón, me estaré volviendo loco, no es posible. Tú estás muerta, estás muerta.

—¡Mamá, mamá, viene papá, papá Leonard! —gritó el niño que se había encaramado a uno de los ventanales. Todos estaban abiertos.

El gran pájaro negro llegó al umbral de la ventana. Lanzando un horrible graznido, desplegó sus alas y se lanzó sobre míster Chandler con sus poderosas y afiladas garras por delante.

El grito fue largo, profundo, lleno de terror.

Semejó durar una eternidad, como si el propio grito cayera y cayera por una sima sin fondo.

CAPITULO XI

Todavía resonaba en los oídos de Vie el terrorífico grito lanzado por míster Chandler cuando se puso de rodillas y llamó:

—¡Rose, Rose!

La niña vacilaba sobre sí misma, estaba a punto de desmayarse.

—Sé fuerte, Rose, sé fuerte.

Vie comprendió que la niña estaba más necesitada de ayuda que ella misma, por lo que se puso a trabajar para liberarse de las ligaduras.

Encogió las piernas hasta que llegó con sus manos al cordón que le sujetaba los tobillos. Forcejeando, se liberó los pies. Pasó sus manos por debajo del cuerpo hasta situarlas delante de la cara y con los dientes, se liberó las manos.

Corrió junto a la niña y la levantó entre sus brazos. Rose era víctima de un shock, no reaccionaba.

Abrió la puerta que daba al jardín y con la pequeña en brazos, anduvo hacia el coche. La nevada arreciaba, la nieve había cuajado ya sobre la tierra.

Vie abrió una de las portezuelas del auto e introdujo a la niña, después lo puso en marcha.

Hundió el acelerador con fuerza y salió, rozando el coche contra la puerta.

Poco después, en medio de la nieve, circulaba por el asfalto donde las ruedas neumáticas transformaban la nieve en agua sucia que se deslizaba hacia los bordillos.

—¡Rose, Rose! —llamaba de vez en cuando, mirando a la niña que se había quedado con los ojos terriblemente abiertos, pero con la mirada perdida.

Vie tenía dificultades en controlar el automóvil que se le escapaba de las manos, patinando a derecha e izquierda, haciendo chirriar las ruedas, esquivando a otros vehículos que también tenían dificultades como ella al circular en medio de la nevada.

El camino en medio de la noche y nevado se le hizo eterno y tenía la impresión de que el maligno pájaro la seguía, abriendo sus diabólicas alas sobre el automóvil. Aquella sensación la obligaba a pisar el acelerador en exceso, corriendo el peligro de colisión.

Al fin, arribó al área de pequeños chalets en uno de los cuales vivía Roddy Stillman. Enfiló contra la puertecilla que daba acceso a los coches al pequeño jardín y la hizo saltar de sus goznes, embistiendo contra ella y provocando un fuelle estrépito.

Se encendió una luz. En otros chalets se asomaron a ver lo que ocurría.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Roddy saliendo vestido con un jersey mientras la nieve dificultaba la visión.

Vie abrió la puerta y le llamó.

—¡Roddy, Roddy!

—¡Vie! ¿Qué ha pasado?

Roddy se precipitó hacia ella, intuyendo algo desagradable.

—¿Qué te ha pasado?

—¡La niña, la niña!

Roddy empujó a Vie hacia el porche.

—¡Aguarda!

Roddy se introdujo en el auto y vio a la niña con los ojos abiertos. Le tomó el pulso y se tranquilizó. La cogió en brazos y protegiéndola con su propio cuerpo, corrió hacia la casa.

Vie, que le aguardaba en el porche con algunos copos de nieve encima, le siguió mientras afuera quedaba el coche con los faros encendidos y la puerta del jardín destrozada.

Roddy tendió a la niña en el sofá y la miró a los ojos nuevamente, pidiéndole:

—¡Mírame, Rose, mírame!

—Está aterrorizada, ahora te contaré...

Vie se derrumbó en un sillón y rompió en sollozos, incapaz de contenerse más.

Roddy separó sus manos y las juntó de pronto dando un fortísimo palmazo delante del rostro de la pequeña que soltó un grito.

Roddy la abrazó entonces, acariciándole la espalda.

—Está bien, está bien, no llores más. Ahora te tomarás una cosa que te prepararé.

—No, no quiero nada.

Roddy acercó a la niña a Vie para que se tranquilizara y dijo:

—Ahora vuelvo.

Calentó un poco de leche en la cocina y luego fue al botiquín, regresando con un pequeño frasco. Vertió unas gotas en la leche y se acercó con el vaso a la niña.

—Anda, tómate esto.

—No, no quiero nada, no quiero nada. Papá es malo, papá es malo.

—Por favor, Rose, por favor —le pidió Vie con lágrimas en los ojos—. Tómatelo, Roddy es nuestro amigo y nos quiere. ¿Verdad, Roddy?

—Claro, claro que sí.

La niña vaciló v, trémula, fue consumiendo la leche hasta apurarla.

—Vie te quiere mucho, Rose, te quiere mucho y desea arrullarte. ¿No es cierto, Vie?

Comprendiendo la intención de Roddy, 'la joven francesa cogió a Rose y medio tendiéndola sobre sus piernas, la arrulló.

—Mon petite, chérie, mon petite, cierra los ojos...

Al poco, Rose dormía profundamente, su respiración era fuerte. Vie interrogó a Roddy con la mirada y éste respondió:

—Con la leche ha tomado un sedante, dormirá unas cuantas horas y mañana se sentirá mejor. Ahora me contarás lo que le ha causado ese shock. Te advierto que ahora es imprescindible que la niña visite a un psicólogo


infantil; debe librarse ahora de los problemas o los arrastrará toda su vida.

—Sí, sí, claro.

—Entonces, empieza.

—Es que no vas a creerme.

—¿Se trata de Leonard?

—Ya no lo sé —gimió.

Roddy le quitó a la niña de entre los brazos y la llevó a la cama, arropándola. Apagó la luz central, dejando sólo una luz piloto por si despertaba, aunque estaba seguro de que no ocurriría tal cosa por el sedante que le había administrado con la leche.

Regresó al living y preparó un par de whiskys, dándole uno a Vie que se lo bebió de un solo trago.

—Cuéntame...

Cuando Vie terminó de explicar lo sucedido, sin omitir nada, Roddy se levantó y dijo:

—Voy a ir a ver lo que ha sucedido.

—¡No vayas, no vayas, espera a mañana!

—He de ver qué ha pasado por si hay que avisar a la policía.

—¡Lo que ocurre allí es diabólico, Roddy, diabólico!

—He de ir; no puedo avisar a la policía si no sé lo que ha ocurrido.

—Entonces, te acompaño —dijo resuelta—. Yo le he metido en esto.

Roddy vaciló; sin embargo, pensando que en la casa se le podía lomar por un intruso, aceptó la compañía de Vie.

—Por la niña no te preocupes, dormirá.

—¿Tendrá pesadillas?

—No, el sedante las inhibe. Vamos.

Ante la imposibilidad de sacar su propio coche, pues obstruía el paso el automóvil de Vie, Roddy decidió:

—Vamos en tu auto.

Subieron al auto y Roddy volvió a centrarlo en la calle haciendo marcha atrás. La nevada era cada vez más densa.

Roddy Stillman conducía con seguridad, no se le iba el coche. Vie se sentía más segura al hallarse junto al hombre pese a que rodaban en dirección a la villa.

El camino se le antojó eterno a Vie.

Al fin, llegaron a la casa de los Chandler cuyas puertas permanecían abiertas. Roddy no tuvo dificultades en acercar el vehículo al porche.

—¿Quieres esperar aquí?

—No.

El joven doctor abrió la portezuela y la muchacha sacó una linterna de la guantera, entregándosela.

—Arriba no hay luz.

Entraron en la mansión. Roddy pudo ver las maletas de Vie; también vio el teléfono arrancado y los cordones que habían sido utilizados para ligaduras.

—Voy arriba.
—Iré contigo, ya estoy bien. A tu lado no tendré miedo aunque aparezca Leonard.
Subieron por la amplia escalinata, llegando al piso. Vie le cuchicheó:
—La policía no lo creerá jamás.
—Esperemos a ver qué ha sucedido.
Se enfrentaron con la siniestra escalerilla que conducía al estudio y subieron por ella. Roddy iba delante y Vie le seguía. A) llegar a lo alto, el hombre se enfrentó con la primera puerta que encontró. Vie le corrigió.
—Es la otra.
Allí había una débil luz, no era necesaria aún la linterna. Se acercaron a la segunda puerta, estaba medio entornada y se notaba una intensa frialdad.
Stillman empujó la puerta; dentro del estudio no había luz eléctrica.
Introdujo el haz de la linterna por delante y después pasó al estudió.
La frialdad era muy grande, incluso la nieve entraba por los ventanales abiertos de par en par.
El olfato profesional del joven médico le advirtió que iba a encontrarse con algo muy desagradable y cuando la linterna iluminó la cabeza, Vie ahogó un grito de pánico.
—Sal —le ordenó Roddy.
—No.
Roddy iluminó mejor la cabeza y gruñó:
—Es míster Chandler.
No tardó en comprobar que el cuerpo de Chandler había sido despedazado. Las manos, los brazos, las piernas, la cabeza, estaban desperdigados, totalmente separados entre sí. El tronco, abierto en canal, sangraba y le faltaban las vísceras.
—Cuidado, Vie, no toques ni pises nada.
La joven tenía la impresión de que iba a desplomarse de un instante a otro.
Se sentía profundamente mareada y un sudor frío mojaba todo su cuerpo.
Roddy se acercó a los ventanales y miró por ellos al exterior. Vio las rocas hostiles, la terraza, su baranda, y en ella descubrió algo que le hizo estremecer.
El gran pájaro negro estaba posado sobre la balaustrada. Pese a la escasa luz y a los copos de nieve que caían, Roddy estuvo seguro de que sus ojos no le engañaban.
Junto al pájaro, en el suelo, había un cuerpo pequeño, encogido sobre sí mismo.
—Salgamos de aquí.
Abandonaron el estudio, bajando al salón.
—¿Adónde vamos?
—Será mejor que me esperes en el coche.
—No, no quiero quedarme sola. Creo que me voy a desmayar de un momento a otro.

—No vengas conmigo, abajo está ese pajarraco.

—¡Dios mío! —gimió Vie.

—Espera.

Roddy cogió una de las sillas por el respaldo y golpeó el suelo fuertemente con ella hasta partirle las patas.

—¿Qué haces?

Roddy tomó dos pedazos de pata. Recogió también el cordón del teléfono e hizo una burda cruz con aquellas maderas, una cruz que poseía dos cantos agudos y astillados.

—Vamos.

Atravesaron la casa por el interior, dirigiéndose a la terraza. Roddy abrió una gran halconera,

—¿Quieres quedarte aquí?

—No, no —repitió Vie.

—Pues, vamos.

Se colocó a la espalda la cruz construida con dos patas de silla.

En la balaustrada permanecía el gran pájaro negro que les miraba con unos ojos encendidos como carbones. En el suelo yacía el pequeño bulto y sentada sobre la baranda, descubrieron la figura espectral de Magda.

Roddy no daba crédito a lo que veía, pero siguió adelante. Roddy comprendió que el niño debía haber saltado desde la ventana del estudio a la terraza con deseos de seguir al pájaro que su madre no se había cansado de repetir que era su padre.

—¿Ha muerto Lenny?

—Sí, ha muerto, todo ha sido demasiado rápido —dijo la espectral Magda, con su faz terriblemente pálida. Era la muerte misma—. No había llegado a consagrarle a su padre.

—Magda me ayudará a tener más hijos mortales —anunció el gran pájaro cuyas repugnantes uñas estaban manchadas en sangre.

—Magda está muerta —replicó Roddy.

Magda se rió y luego puntualizó:

—Yo le ayudaré a que copule a mujeres jóvenes y robustas, sé muy bien cómo hacerlo. —Volvió a reírse, añadiendo entre carcajadas—. Vie, por ejemplo, puede servir como primera entrega.

—¡No!

—¡Leonard, mátalo a él y la tendrás a ella! —gritó Magda.

El terrible pájaro negro desplegó sus alas y semejó cubrir la noche misma mientras la nieve seguía cayendo sobre ellos, haciendo más fantástica la situación.

Roddy sacó la cruz y la iluminó por detrás, de modo que su sombra se reflejó sobre el pájaro que comenzó a graznar horripilantemente. Batió alas mientras alzaba el vuelo.

—¡Malditos, os veré en el infierno! —rugió Magda saltando para cogerse a las alas de Leonard, situándose sobre el gran pájaro para que se la llevara

volando.

Sin vacilar, Roddy lanzó la cruz contra ellos, con tal violencia y puntería, que se clavó en el cuerpo de Magda que abrió la boca para gritar desesperadamente mientras toda ella semejaba inflamarse. Leonard cayó sobre el mar embravecido, desapareciendo bajo las olas que lo engulleron ansiosas.

—¡Roddy, Roddy!

—Tranquilízate, Vie, ya ha pasado todo.

—¿Y el niño?

—Está muerto, no lo toques. Que sea la justicia, aunque luego no sepan qué opinar sobre lo ocurrido. Vámonos ya.

* * *

Diez días más tarde, en presencia del juez, el cuerpo de Magda Chandler era exhumado por los terribles acontecimientos a los cuales no se podía dar una explicación lógica.

Era de madrugada. Un reducido grupo de personas se hallaban reunidas en torno a la tumba mientras dos hombres cavaban. Roddy y Vie estaban presentes.

Las palas dieron al fin con el ataúd. Los sepultureros se apresuraron a limpiar la tapa de tierra y aguardaron a que el juez les entregara la llave.

—Tomen, abran la tapa —pidió el magistrado.

Abrieron el féretro y la débil luz del amanecer iluminó su interior.

El cadáver de Magda yacía boca abajo, en la espalda tenía clavada la tosca cruz de madera.

El juez interrogó a Roddy Stillman con la mirada y éste musitó;

—Esa cruz la hice yo, pero no estuve aquí, juez, ya se lo conté.

—Vuelvan a cerrar, todo está bien —sentenció el magistrado con voz grave, comprendiendo que jamás hallaría una explicación que la ciencia y la razón pudieran dar como válida.

El dossier sobre los sucesos acaecidos en la villa de los Chandler se archivaría y la prensa tardaría cansándose de hablar de tan extraños crímenes mientras Rose, con la anuencia del juez, era adoptada por el matrimonio compuesto por el joven doctor Stillman y la francesita Vie.

Los tres abandonaron aquella ciudad para comenzar una nueva vida en Florida, donde Roddy había aceptado un puesto en el servicio de traumatología de un afamado centro médico.

FIN